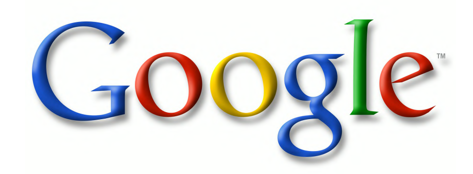
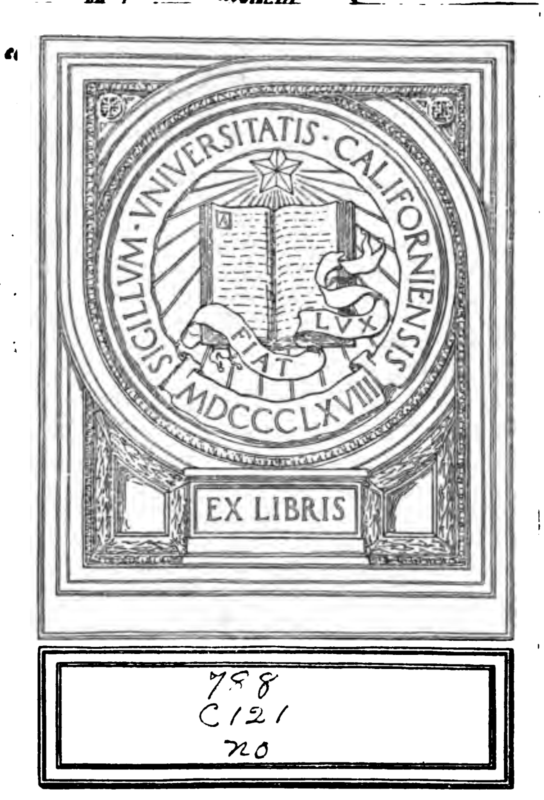
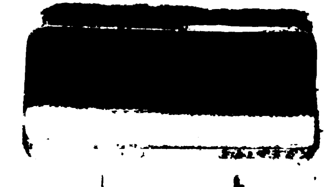



UC-NRLF
$B 77 045

Complet

Se vende en Valencia





3 ^10

NOCHES LÚGUBRES:

POR EL CORONEL

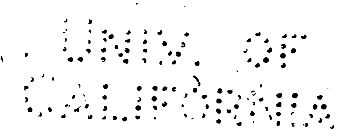
D. JOSEF CADALSO.

IMITANDO

EL ESTILO DE LAS QUE ESCRIBIÓ
en Inglés el Doctor Young.

AÑADIDAS

CON LOS ANALES DE CINCO DIAS, Y LA GUIA DE HIJOS DE VECINO, &C. CON LO QUE SE COMPLETAN LAS OBRAS DE DICHO AUTOR.



CON SUPERIOR PERMISO:

BARCELONA: EN LA IMPRENTA DE SASTRES.

AÑO DE M.DCCC. IV.

....Crudelis ubique
Luctus, ubique pavor, et plurima noctis imago.

Virgil. Aen. 2. ℣. 368.

EL EDITOR.

Esta Obrita que presento al público no es mas que un complemento de las obras del célebre Coronel Cadalso. *El mérito que se ha adquirido este grande hombre en el orbe literario, es bien conocido. Su famoso curso de todas las ciencias, ó los* ERUDITOS Á LA VIOLETA, *ha sido el entretenimiento de los amantes del buen gusto, así como las célebres* CARTAS MARRUECAS *que con tanto aplauso han corrido en nuestros tiempos. Aún quando no nos hubiese dexado otro testimonio que el de las* Noches Lúgubres, *bástara para acreditar su talento, y juzgo se le haria un agravio manifiesto, si se las privára de la luz pública. Animado de estas reflexîones, y estimulado de las muchas instancias de varias personas aficionadas á la Litera-*

ra-

ratura selecta, presento al público éste complemento para no dexar privados á los que poseen las obras de dicho Autor, de éstas, que exceden á las demas. La sublimidad del concepto, lo patético de las expresiones, lo enérgico de su estilo, interesarán á los ménos aficionados. Solo el haber imitado al célebre Inglés Young *le corona de elogios. No soy capáz de comprehender su mérito, ni mucho ménos de explicarlo. Me persuado que la sola lectura de ésta* COLLECCION *acreditará mi ingenuidad, y el deseo que tengo de complacer al público, de cuya benignidad espero recibirá con gusto mis tareas, las que solo se dirigen á cumplir los deseos de los que se graduan de finos, en el gusto de las letras.*

GUIA DE HIJOS DE VECINO Y FORASTEROS para este año, el que viene, y todos los demas que Dios fuere servido; porque son noticias generales para todo tiempo.

Ministros que componen el tribunal de los desocupados de la Corte.

La Vanidad, Presidente de este Consejo: *á la calle de los Preciados.*
La Presuncion: *á la calle del Espejo.*
La Moda: *á la calle de los Majaderitos.*
La Ocasion: *á la calle de la Estrella.*
El Deseo: *entrando por la calle de la Esperanza, al fin de la del Desengaño.*
El Logro *á la calle de los Peligros.*
El Apetito: *á la calle de la Libertad.*
El Ocio: *á la calle de la Visitacion.*
La Diversion: *á la calle del Prado.*
El Desvanecimiento: *á la calle del Relox.*
Las Promesas: *á la calle de Francos.*
La Faltriquera para las dádivas: *á la calle Angosta.*
La Conciencia: *á la calle Ancha.*
La Esperanza: *á la calle de Val-*verde.
Las Ideas: *á la calle del Viento.*
El Engaño: *á Santa Clara.*
El Cumplimiento y las Ceremonias: *entrando por la calle del Humilladero á la plazuela de la Paja.*
La Murmuracion: *á la calle de la Espada.*
La Mentira; *á la calle de la Bola.*
La Verdad: *al Retiro.*
El Petardo: *á la calle del Mediodia.*
La Necesidad: *á los Afligidos.*
La Lisonja: *á la calle del Tesoro.*
La Explicacion: *á la calle de la Ruda.*
La Prudencia: *al Noviciado.*

La Razon: *vivió en la calle de la Cabeza, y hoy está ausente y sin exercicio.*
El Desengaño: *á la cuesta de los Ciegos.*
La Palabra: *á la calle del Perro.*
El Dictamen: *á la Pasion.*
La Solicitud: *á las Recogidas.*
El Galanteo: *á la calle de las Rexas.*
Las conseqüencias de todo esto: *á Anton Martin.*

Carta escrita á nombre de una señora Andaluza, cuyo marido se hallaba en la Corte, y al parecer no bien entretenido.

Querido esposo mio: las noticias que acabo de recibir de esa Corte sobre tu conducta, hubieran trastornado la mia, si me hubiese abandonado á sus varias sugestiones. Me aseguraron, que léjos de seguir con esfuerzo la razon que te asiste en el litigio que te conduxo ahí, tenias olvidado este asunto: y que solo ocupaba tu atencion el complacer á una dama, á quien sirves y obsequias, usurpando á tu muger é hijos lo que empleas en ese objeto de tu estimacion, y el tiempo al negocio principal que te separó de mi vista.

Puedo asegurarte con verdad, que al concluir esta relacion tan no esperada, ocupó mi corazon todo el dolor de que es capaz; pero reflexîonando despues tu mucha prudencia, el amor que te debo, la modestia de tu genio, y el candor de tus operaciones, no dí asenso á lo que se me aseguraba.

Por otra parte advertí que en la tuya de 8 de Agosto me dixiste que á mediados de Setiembre estarias en casa, y que han pasado ocho meses de esta oferta, y aun no tengo la menor certeza de tu regreso tan suspirado por mí.

De esta consideracion pasé á la de las cartas que me has escrito en estos últimos quatro meses, y hallé en

ellas otro nuevo cuchillo que abrió mi pecho; porque noté tan tibias las expresiones, tan distintas del fuego que tienen las anteriores, que sin duda creí fuéron dictadas por la prisa, y escritas por la precision. Esto mismo habia notado al leerlas primera vez; pero te disculpaba mi cariño con que te tendrian ocupado los asuntos de nuestros intereses, y otros que proporciona la Corte, por lo qual no me dí por entendida sobre esta hasta ahora; porque para mí en viendo tu firma, y reconociendo por ella que estás bueno, es lo único que siempre llenó de alegría mi corazon, y que produxo todas mis satisfacciones.

Batallé no obstante con todo aquel cúmulo de cavilaciones que origina en un alma que tanto te ama como la mia el tropel confuso de pensamientos que me representaba mi dolor, opuesto en todo á lo que mi pasion alegaba en favor tuyo. Ultimamente contrapesando unas y otras razones, te hallé divertido; pero no te comtemplé incorregible. Juzgué que tendrias torpe el entendimiento para percibir las voces de la razon; pero que por algun momento las atenderias. Ella es la que te recuerda las obligaciones de tu cuna, las del lazo indisoluble, y sobre todo las de la religion. Nada importa hasta aquí lo hecho: bastante satisfaccion será para mí no repetirlo y olvidarlo. Hay gran diferencia entre una distraccion y un total abandono. Aquella es tu culpa: este le miro de ti muy lejos. Un paso mal dado no es fundamento para esperar que todos se den así, antes bien de un tropiezo resulta mas cuidado para no caer otra vez. El relámpago en la noche obscura estremece, pero al mismo tiempo alumbra.

En fin, esposo mio, en nombre de la razon te hablo. Si te preocupó una sola vista, enmiéndete un arrepentimiento. Caer es peligroso; pero á veces útil; si de ello resulta el escarmiento: una ligereza qualquiera la tiene: conocerla y huirla es efecto de la prudencia; pero subsistir en el error lo es de la iniquidad.

No quiero que mis palabras te molesten, sino que te corrijan. Vuelve á los ojos de esta amante esposa y de estos tiernos hijos, que se alimentan con tu memoria. Dexa la Corte, abandona los intereses, y ven á ver á los que con tu vista tendrán el mayor consuelo; y no te causen sentimiento los que es regular conozcas que traspasan mi corazon. Ultimamente te espero, te llamo, y te deseo todo mio, pues es toda tuya J. Maria.

P. D. Lo mismo que la nave en la tormenta, siempre temblando ser abismada por los vientos y las olas, estaré, esposo mio, hasta que tu respuesta tranquilice mi espíritu. Si no fuere como deseo, contempla qual será mi sentimiento! pero si viene como es razon, respiraré con sucesivo gozo. De estos dos extremos me proporcionarás el que conozcas que merezco. Y si entre los dos tomares el medio de traerla tú, qué dichosa seria la que mas que á sí misma te ama!

NOCHE PRIMERA.

TEDIATO, Y UN SEPULTURERO

DIÁLOGO.

Tediato... Que noche! La obscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazon. El cielo tambien se conjura contra mi quietud, si alguna me quedára. El nublado crece. La luz de esos relámpagos... que horrorosa! Ya truena. Cada trueno es mayor que el que le antecede, y parece producir otro mas cruel. El sueño dulce intervalo en las fatigas de los hombres, se turba. El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cria la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables; todo se inunda en llanto.... todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante... ¡Ay si fuese el último de mi vida, quan grato seria para mi! quan horrible ahora! Mas lo fué el dia, el triste dia que fué causa de la escena en que ahora me hallo.

Lorenzo no viene: vendrá acaso? Cobarde! ¿Le espantará este aparato] que naturaleza le ofrece? No ve lo interior de mi corazon... quanto

mas se horrorizaria! Si la esperanza del premio le traerá? Sin duda... el dinero.. ay dinero lo que puedes! un pecho solo se te ha resistido... ya no exîste... ya tu dominio es absoluto.. ya no exîste el solo pecho que se te ha resistido. Las dos están al caer... ésta es la hora de cita para Lorenzo... Memoria! triste memoria! cruel memoria! mas tempestades formas en mi alma, que esas nubes en el ayre. Tambien esta es la hora en que yo solia pisar estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de estos. Quan diferentes! desde aquella á estos todo ha mudado en el mundo; todo menos yo.

¿Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descrubro? Suya será. ¿Quien sino él y en este lance y por tal premio saldria de su casa? él es. El rostro pálido, flaco, súcio, barbádo y temeroso; el hazadon y pico que trae al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los pies descalzos que pisan con turbacion, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bulto cuyo encuentro horrorizaria á quien le viese. El es; sin duda; se acerca: desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. Lorenzo! Lorenzo!

Lorenzo. Yo soy: cumplí mi palabra; cumple ahora tu la tuya: el dinero que me prometiste?

Tediato. Aquí está. Tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

Lorenzo. Si; por que tu tambien pagas el trabajo.

Tediato. Interes, único móvil del corazon humano! aquí tienes el dinero que te prometí: todo se hace fácil quando el premio es seguro: pero el premio es justo una vez ofrecido.

Lorenzo. ¡Quan pobre seré, quando me atreví á pro-

prometerte lo que voy á cumplir! quanta miseria me oprime? piensalo tu: y yo... harto haré en llorarla... Vamos.

Tediato. Traes la llave del templo?

Lorenzo. Si: ésta es.

Tediato. La noche es tan obscura y espantosa..

Lorenzo. Y tanto que tiemblo y no veo.

Tediato. Pues dame la mano y sigue: te guiaré, y te esforzaré.

Lorenzo. En 35 años que soy sepulturero, sin dexar un solo dia de enterrar alguno ó algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

Tediato. Es que en ella me vas á ser útil: por eso te quita el cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Esta es la puerta.

Lorenzo. Que tiemble yo!

Tediato. Anímate... imítame.

Lorenzo. ¿Que interés tan grande te mueve á tanto atrevimiento? Pareceme cosa dificil de entender.

Tediato. Suelta me el brazo... Como me lo tienes asido con tanta fuerza, no me dexas abrir con esta llave... Ella parece tambien resistirse á mi deseo... Ya abre... entremos.

Lorenzo. Si, entremos: ¿ He de cerrar por dentro?

Tediato. No: es tiempo perdido y nos pudieran oír. Entorna solamente la puerta porque la luz no se vea desde afuera si acaso pasa alguno... tan infeliz como yo, pues de otro modo no puede ser.

Lorenzo. He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres: mozos robustos, descanso de sus padres ancianos: doncellas hermosas y envidiadas de las que quedaban vivas: hombres en lo fuerte de su edad y colocados en altos empleos: viejos venerables, apoyos del es-

tado... nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos; rasgué sus vestiduras en busca de alguna alhaja de valor: apisoné con fuerza y sin asco sus frios miembros: rompiles las cabezas y huesos: cubriles de polvo, ceniza, gusanos y podre, sin que mi corazon palpitase... y ahora al pisar estos umbrales me caiga... al ver el reflexo de esa lámpara me deslumbro... al tocar esos mármoles me yelo... me avergüenzo de mi flaqueza: no la refieras á mis compañeros: si lo supieran, harian mofa de mi cobardia.

Tediato. Mas harian de mí los mios, al ver mi arrojo. Insensatos, que poco saben!... Ah! me serían tan odiosos por su dureza, como yo seria necio en su concepto por mi pasion...

Lorenzo. Tu valor me alienta. Mas ay nuevo espanto! Que es aquello? Presencia humana tiene... Qué será?... Volvamos mientras podemos... no desperdiciemos las pocas fuerzas que aun nos quedan... Si aun conservamos algun valor, válganos para huir.

Tediato. Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mia, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes á quienes nadie ha visto, y de quienes todos hablan, seria el bien ó el mal que nos traerian siempre inevitable. Nunca los he hallado: los he buscado.

Lorenzo. Si los vieras!

Tediato. Aun no creeria á mis ojos: juzgára tales fantasmas, monstruos producidos por una fantasia llena de tristeza: ! fantasia humana, fecunda solo en quimeras, ilusiones y objetos de terror! la mia me los ofrece tremendos en estas circuns-

cunstancias... Casi bastan á apartarme de mi empresa.

Lorenzo. Eso dices, por que no los has visto: si los vieras, tembláras aun mas que yo.

Tediato. Tal vez en aquel instante; pero en el de la reflexîon me aquietára. Si no tuviese miedo de malgastar estas pocas horas, las mas preciosas de mi vida y tal vez las últimas de ella, te contára con gusto cosas capaces de sosegarte... pero dan las dos... ¡Que sonido tan triste el de esa campana! el tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

Lorenzo. A donde?

Tediato. A aquella sepultura. Sí: á abrirla.

Lorenzo. A qual?

Tediato. A aquella.

Lorenzo. A qual? A aquella humilde y baxa? Pensé que querias abrir aquel monumento alto y ostentoso, donde enterré pocos dias ha al Duque de Tausto, timbrado, que habia sido muy hombre de palacio, y segun sus criados me dixeron, habia tenido en vida el manejo de cosas grandes; figurósome que la curiosidad, ó interés te llevaba á ver si encontrabas algunos papeles ocultos, que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oido, no sé donde, que ni aun los muertos estan libres de las sospechas y aun envidias de los cortesanos.

Tediato. Tan despreciables son para mí muertos, como vivos; en el sepulcro, como en el mundo; podridos como triunfantes; llenos de gusanos, como rodeados de aduladores... no me distraigas... vamos, te digo otra vez, á nuestra empresa.

Lorenzo. No: pues al túmulo inmediato á ese y donde yace el famoso Indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le

ha-

halló la menor parte del caudal que se le suponia, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver: no se halló siquiera un doblon en su mortaja.

Tediato. Tampoco vendria yo de mi casa á su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América á la tirana Europa.

Lorenzo. Si será: pero no extrañaria yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo.....

Tediato. Poca cantidad, sí, es útil, pues nos alimenta, nos viste, y nos dá las pocas cosas necesarias á la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

Lorenzo. Ola! y por qué?

Tediato. Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios, y á fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el orden de la naturaleza; y lo bueno se substrae de su dominio, sin el fin dichoso... con él no pudieron arrancarme mi dicha: ay! vamos.

Lorenzo. Si, pero antes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me heriza el pelo quando paso junto á ella.

Tediato. ¿ Por que te espanta esa mas que qualquiera de las otras?

Lorenzo. Porque murió de repente el sugeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

Tediato. Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantas partes invisibles, sujeto á tan freqüentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es mas, movido por una alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava

de

de tantos tiranos... ¿que puede durar? Como puede durar? No se como vivimos. No suena campana que no me parezca tocar á muerto. A ser yo ciego, creeria que el color negro era el único de que se visten... ¿Quantas veces muere un hombre de un ayre que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿Quantas de una agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿Quantas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¿Entre quantos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro! Cada vez que siento el pie, me parece hundirse el suelo, preparándome una sepultura.. Conozco dos ó tres yerbas saludables... las venenosas no tienen número. Si, si, ... el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga... y que? El leon, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo é inumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

Lorenzo. Ya estamos donde deseas.

Tediato. Mejor que tu boca me lo dice mi corazon. Ya piso la losa que he regado tantas veces con llanto, y besado tantas veces con mis labios. Esta es. Ay Lorenzo! hasta que me ofrecistes lo que ahora me cumples, ¿quantas tardes he pasado junto á esta piedra tan inmóvil, como si parte de ella fuesen mis entrañas! Mas que sugeto sensible, parecia yo estatua, emblema del dolor. Entre otros dias uno se me pasó sobre este banco. Los que cuidan de este templo, varias veces me habian sacado del letargo, avisándome ser la hora en que se cerraban las puertas. Aquel dia olvidaron su obligacion y mi delirio, fuéronse, y me dexaron. Quedé en aquellas sombras rodeado de sepulcros, tocando imágenes de muerte, envuelto en tinieblas, sin respirar apénas,

nas, sino los cortos ratos que la congoja me permitia, cubierta mí fantasia, qual si fuera con un manto de densísima tristeza. En uno de estos amargos intervalos, yo ví, no lo dudes, yo ví salir de un hoyo inmediato á ese, un ente que se movia, resplandecian sus ojos con el reflexo de esa lámpara, que ya iba á extinguirse. Su color era blanco, aunque algo ceniciento. Sus pasos eran pocos, pausados y dirigidos á mí... Dudé... Me llamé cobarde... me levanté.. y fuí á encontrarle... el bulto proseguia., y al ir á tocarle yo, él á mi: oyéme...

Lorenzo. Que hubo pues?

Tediato. Oyeme...al ir á tocarle yo, y el horroroso bulto á mí, en aquel lance de tanta confusion... apagóse del todo la luz.

Lorenzo. Qué dices? Y aun vives?

Tediato. Sí: y con grande atencion...

Lorenzo. En aquel apuro que hiciste? Que pudiste hacer?

Tediato. Me mantuve en pie sin querer perder el terreno que habia ganado á costa de tanto arrojo y valentia: era invierno. Las doce serian quando se esparció la obscuridad por el templo, oí la una, las dos, las tres, las quatro, siempre haciendo el oído el mismo oficio de la vista.

Lorenzo. Que oiste? Acaba, que me estremeces.

Tediato. Una especie de resuello no muy libre. Procurando tentar conocí que el cuerpo del bulto huia de mi tacto: mis dedos parecian mojados en sudor frio y asqueroso; y no hay especie de monstruo por horrendo, extravagante é inexplicable que sea, que no se me presentase. Pero ¿Que es la razon humana, si no sirve para ven-

vencer á todos los objetos, y aun á sus mismas flaquezas? Vencí todos estos espantos; pero la primera impresion que hicieron, el llanto derramado antes de la aparicion, la falta de alimento, la frialdad de la noche y el dolor que tantos dias antes rasgaba mi corazon, me pusiéron en tal estado de debilidad, que caí desmayado en el mismo hoyo de donde habia salido el objeto terrible. Allí me hallé por la mañana en brazos de muchos concurrentes piadosos, que habian acudido á dar al Criador las alabanzas, y cantar los himnos acostumbrados. Lleváronme á mi casa, de donde volví en breve al mismo puesto. Aquella propia tarde hice conocimiento contigo., y me prometiste lo que ahora vas á finalizar.

Lorenzo. Pues esa misma tarde eché menos en casa (poco te importará lo que voy á decirte, pero para mi es el asunto de mas importancia) eché menos un mastin que suele acompañarme, y no pareció hasta el dia siguiente. ¡Si vieras que ley me tiene! Suele entrarse conmigo en el templo, y mientras hago la sepultura, ni se aparta un instante de mí. Mil veces tardando en venir los entierros, le he solido dexar echado sobre mi capa, guardando la pala, el hazadon y demas trastos de mi oficio.

Tediato. No prosigas: me basta lo dicho: aquella tarde no se hizo el entierro: te fuiste; el perro se durmió dentro del hoyo mismo. Entrada ya la noche se despertó, nos encontramos solos él y yo en la Iglesia (¡ mira que causa tan tribial, para un miedo tan fundado al parecer!) no pudo salir entónces, y lo executaría al abrir las puertas y salir el sol, lo que yo no pude ver por causa de mi desmayo.

Lorenzo. Ya he empezado á alzar la losa de la tumba: pesa infinito. Si verás en ella á tu padre! mucho cariño le tienes, quando por verle, pasar una noche tan dura... Pero el amor de hijo! mucho merece un padre...

Tediato. Un padre! por que? Nos engendran por su gusto, nos crian por obligacion, nos educan para que les sirvamos, nos casan para perpetuar sus nombres, nos corrigen por caprichos, nos desheredan por injusticia, nos abandonan por vicios suyos. (*)

Lorenzo. Será tu madre... mucho nos debe una madre.

Tediato. Aun menos que el padre. Nos engendran tambien por su gusto: tal vez por su incontinencia. Nos niegan el alimento de la leche, que naturaleza las dió para este único y sagrado fin; nos vician con su mal exemplo, nos sacrifican á sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro ó en un páxaro.

Lorenzo. ¿Algun hermano tuyo te fue tan unido, que vienes á visitar sus huesos?

Tediato. ¿Que hermano conocerá la fuerza de esta voz? Un año mas de edad, algunas letras de diferencia en el nombre, igual esperanza de gozar un bien de dudoso drecho, y otras cosas semejantes imprimen tal odio en los hermanos, que parecen fieras de distintas especies, y no frutos de un vientre mismo.

Lorenzo. Ya caigo en lo que puede ser: aqui yace sin duda algun hijo que se te moriria en lo mas tierno de su edad.

Te-

(*) *Esta moralidad se ha de entender de los malos padres, y del mismo modo las siguientes.*

Tediato. Hijos ! Succesion ! Este, que antes era un tesoro con que naturaleza regalaba á sus favorecidos, es hoy un azote con que no debiera castigar sino á los malvados.

Que es un hijo ? Sus primeros años... un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestia y asco..... Los siguientes años... un dechado de los vicios de los brutos, poseidos en alto grado... luxuria, gula, inobediencia... mas adelante un pozo de horrores infernales... ambicion, soberbia, envidia, codicia, venganza, traicion y malignidad, pasando de ahí... ya no se mira el hombre como hermano de los otros, sino como un ente supernumerario en el mundo. Créeme, Lorenzo, créeme. Tu sabrás como son los muertos, pues son el objeto de tu trato... yo sé lo que son los vivos... Entre ellos me hallo con demasiada freqüencia... Estos son... no... no hay otros. . . todos á qual peor. . . yo seria peor que todos ellos, si me hubiera dexado arrastrar de sus exemplos.

Lorenzo. Que quadro el que pintas !

Tediato. La naturaleza es el original : no adulo, pero tampoco lo agravio. No te canses, Lorenzo ; nada significan esas voces de padre, madre, hermano hijo y otras tales ; y si significan el carácter que vemos en los que así llaman, no quiero ser, ni tener hijo, hermano, padre, madre, ni me quiero á mí mismo, pues algo he de ser de todo esto.

Lorenzo. No me queda que preguntarte mas que una cosa, y es á saber, si buscas el cadáver de algun amigo.

Tediato. Amigo ? He ? Amigo ? Que necio eres!

Lorenzo. Por que ?

Tediato. Sí; necio eres y mereces compasion, si crees que esa voz tenga el menor sentido. Amigos! amistad! Esa virtud sola haría feliz á todo el genero humano. Desdichados son los hombres desde el dia que la desterraron ó que ella les abandonó. Su falta es el orígen de todas las turbulencias de la sociedad. Todos quieren parecer amigos; nadie lo es. En los hombres la apariencia de la amistad es lo que las mugeres el afeyte y compostura. Belleza fingida y engañosa... nieve que cubre un muladar... Darse las manos y rasgarse los corazones, esta es la amistad que reyna. No te canses; no busco el cadáver de persona alguna de las que puedes juzgar. Ya no es cadáver.

Lorenzo. Pues si no es cadáver que buscas? Acaso tu intento seria hurtar las alhajas del templo, que se guardan en algun subterráneo, cuya puerta se te figura ser la losa que empiezo á levantar.

Tediato. Tu inocencia te sirva de excusa. Queden en buen hora esas alhajas consagradas á la piedad, y trabaja con mas brio.

Lorenzo. Ayúdame: mete esotro pico por allí y haz fuerza conmigo.

Tediato. Así?

Lorenzo. Si: de este modo: yá va en buen estado.

Tediato. ¿Quien me diria dos meses ha que me habia de ver en este oficio? ; Pasáronse mas aprisa que el sueño, dexándome tormento al despertar, desapareciéronse como humo que dexa las llamas abaxo y se pierde en el ayre. Qué haces, Lorenzo?

Lorenzo. Que olor! Que peste sale de la tumba! No puedo mas.

Tediato. No me dexes, no me dexes amigo. Yo

so-

solo no soy capaz de mantener esta piedra.

Lorenzo. La abertura que forma, ya da lugar para que salgan los gusanos que se ven con la luz de mi farol.

Tediato. Ay! que veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. ¡Quanta miseria me anuncian! en estos, ay! en estos se ha convertido tu carne! ¡Tu pelo que en lo fuerte de mi pasion llamé mil veces no solo mas rubio, sino mas precioso que el oro, ha producido este podre! ¡Tus blancas manos, tus labios amorosos se han vuelto materia y corrupcion! ¡En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver! ¡A que sentido no ofenderá la misma que fué el hechizo de todos ellos!

Lorenzo. Vuelvo á ayudarte; pero me vuelca ese vapor... Ahora empieza. Mas, mas, mas,: que lloras? No pueden ser sino lágrimas tuyas las gotas que me caen en las manos... Sollozas! No hablas! respóndeme.

Tediato. Ay! Ay!

Lorenzo. Que tienes? Te desmayas?

Tediato. No, Lorenzo.

Lorenzo. Pues habla. Ahora caigo en quien es la persona que se ha enterrado aquí... Eres pariente suyo? No dexes de trabajar por eso. La losa está casi vencida, y con poco que ayudes la volcarémos, segun vemos. Ahora, ahora, ay!

Tediato. Las fuerzás me faltan.

Lorenzo. Perdimos lo adelantado...

Tediato. Ha vuelto á caer...

Lorenzo. Y el sol va saliendo, de modo que estamos en peligro de que vayan viniendo las gentes y nos vean...

Tediato. Ya han saludado al Criador algunas campanas de los vecinos templos en el toque ma-

tu-

tutino. Sin duda lo habrán ya executado los páxaros en los árboles con música mas natural y mas inocente, y por tanto mas digna. En fin, ya se habrá desvanecido la noche. Solo mi corazon aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mi nunca sale el sol. Las horas todas se pasan en igual obscuridad para mí. Quantos objetos veo en lo que llaman dia, son á mi vista fantasmas, visiones y sombras quando menos...algunos son furias infernales.

Razon tienes; podran sorprehendernos. Esconde ese pico, y ese hazadon: no me faltes mañana á la misma hora y en el propio puesto. Tendrás menos miedo, menos tiempo se perderá. Vete, te voy siguiendo.

Objeto antiguo de mis delicias... ¡ hoy objeto de horror para quantos te vean ! monton de huesos asquerosos... ¡ En otros tiempos conjunto de gracias ! ¡ ó tu, ahora imágen de lo que yo seré en breve ! pronto volveré á mi casa, descansarás en un lecho junto al mio: morirá mi cuerpo junto á tí, cadáver adorado, y espirando incendiaré mi domicilio, y tu y yo nos volverémos ceniza enmedio de las de la casa.



NO-

NOCHE SEGUNDA.

TEDIATO, LA JUSTICIA, Y DESPUES UN CARCELERO.

DIALOGO.

Tediato. Que triste me ha sido este dia! igual á la noche mas espantosa me ha llenado de pavor, tedio, afliccion y pesadumbre. ¡Con que dolor han visto mis ojos la luz del astro, á quien llaman benigno los que tienen el pecho menos oprimido que yo! El sol, la criatura que dicen menos imperfecta, imágen del Criador ha sido objeto de mi melancolia. El tiempo que ha tardado en llevar sus luces á otros climas, me ha parecido tormento de duracion eterna:... Triste de mi! Soy el solo viviente á quien sus rayos no consuelen. Aun la noche, cuya tardanza me hacía tan insufrible la presencia del sol, es menos gustosa, por que en algo se parece al dia. No está tan obscura como yo quisiera la luna: Luna! escóndete: no mires en este puesto al mas infeliz mortal.

¡Que no se hayan pasado mas que diez y seis horas desde que dexé á Lorenzo! Quien lo creyera! Tales han sido para mí! llorar, gemir, de-

delirar... los ojos fixos en su retrato, las mexillas bañadas en lágrimas, las manos juntas pidiendo mi muerte al cielo, las rodillas flaqueando, baxo el peso de mi cuerpo; asi desmayado, solo un corto resuello me distinguia de un cadáver. ¡Qué asustado quedó Virtelio mi amigo al entrar en mi quarto, y hallarme de esta manera ¡Pobre Virtelio, ! quanto trabajaste para hacerme tomar algun alimento! Ni fuerza en mis manos para tomar el pan, ni en mis brazos para llevarlo á la boca, si alguna vez llegaba. ¡Quan amargos son bocados mojados con lágrimas! Instante... me mantuve inmóvil. Se fué sin duda cansado.. ¿Quien no se cansa de un amigo como yo, triste, enfermo, apartado del mundo, objeto de la lástima de algunos, del menosprecio de otros, de la burla de muchos? Que mucho me dexase! Lo estraño ès que me mirase alguna vez. Ah Virtelio, Virtelio! pocos instantes mas que hubieses permanecido mio, te hubieran dado fama de amigo verdadero. Pero de que te servirá? Hiciste bien en dexarme: tambien te hubiera herido la mofa de los hombres. Dexar á un amigo infeliz, conjurarte con la suerte contra un triste, aplaudir la constancia del mundo; imitar lo duro de las entrañas comunes, acompañar con tu risa la risa universal, que es eco de los llantos de un misero::: sigue: sigue::: este es el camino de la fortuna...adelántate á los otros...admirarán tu talento. Yo le ví salir::: murmuraba de la flaqueza de mi ánimo. La naturaleza sin duda murmuraba de la dureza del suyo. Este es el menos pérfido de todos mis amigos.. otros ni aun eso hicieron. Tediato se muere, dirian unos; otros repetirian, se muere Tediato. De mi vida ó de mi muerte hablarian como del tiempo.

po bueno ó malo suelen hablar los poderosos, no como los pobres á quienes tanto importá el tiempo. La luz del sol que iba faltando, me sacó del letargo cruel. La tiniebla me traía el consuelo que arrebata á todo el mundo. Todo el consuelo que siente toda la naturaleza al parecer el sol, le sentí todo junto al ponerse. Dixe mil veces preparándome á salir, bien venida seas, noche, madre de delitos, destructora de la hermosura, imágen del caos de que salimos: duplica tus horrores; mientras mas densas, mas gustosas me serán tus tinieblas. No tomé alimento: no enjugué las lágrimas: púseme el vestido mas lúgubre: tomé éste acero que será, ay! sí; será quien consuele de una vez todas mis cuitas. Vine á este puesto: espero á Lorenzo.

Desengañado de las visiones y fantasmas, duendes, espíritus y sombras, me ayudará con firmeza á levantar la losa: haré el robo... el robo! ay! era mia; sí, mia; yo suyo. No, no la agravio: éramos unos. Su alma que era sino la mia ¿La mia que era sino la suya? ::: Pero que voces se oyen? *muere* : *muere*, dice una de ellas. *Que me matan*, dice otra voz. Hácia mi vienen corriendo varios hombres. Que haré? Que veo? El uno cae herido al parecer ::: los otros huyen retrocediendo por donde han venido : hasta mis plantas viene batallando con las ansias de la muerte. Quien eres? Quien eres? Quienes son los que te siguen? No respondes? El torrente de sangre que arroja por boca y por herida me mancha todo ::: es muerto : ha espirado asido de mi pierna. Siento pasos á este otro lado. Mucha gente llega: el aparato es de ser comitiva de la Justicia.

Justicia. Pues aquí está el cadáver, y ese hombre

bre está ensangrentado, tiene la espada en la mano, y con la otra procura desasirse del muerto, parece indicar no ser otro el asesino: prended á ese malvado. Ya sabeis lo importante de este caso. El muerto es un personage, cuyas calidades no permiten el menor descuido de nuestra parte. Sabeis los antecedentes de este asesinato que se proponian. Atadle: desde esta noche te puedes contar por muerto, infame. Sí, ese rostro, lo pálido de su semblante, su turbacion, todo indica ó aumenta los indicios que ya tenemos... En breve tendrás muerte ignominiosa y cruel.

Tediato. Tanto mas gustosa... por estraño camino me concede el cielo lo que le pedí dias ha con todas mis veras.

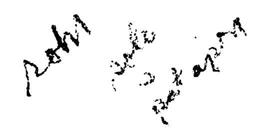
Justicia. Qual se complace con su delito!

Tediato. Delito! jamás le tuve. Si le hubiera tenido, él mismo hubiera sido mi primer verdugo, lexos de complacerme en él. Lo que me es gustosa, es la muerte... Dádmela quanto antes, si os merezco alguna misericordia. Si no sois tan benignos, dexadme vivir, ese será mi mayor tormento. No obstante, si alguna caridad merece un hombre que la pide á otro hombre, dexadme un rato llegar mas cerca de ese templo, no por valerme de su asilo, sino por ofrecer mi corazon á...

Justicia. Tu corazon en que engendras maldades.

Tediato. No injuries á un infeliz: matadme sin afrentarme. Atormenta mi cuerpo en quien tienes dominio: no insultes un alma que tengo mas noble::: un corazon mas puro::: sí, mas puro, mas digna habitacion del Sér supremo, que el mismo templo en que yo queria::: ya nada quiero::: haz

lo



lo que quieras de mi::: no me preguntes quien soy::: cómo vine aquí, que hacía, que intentaba hacer, y apuren los verdugos sus crueldades en mi: las verás todas vencidas por mi fineza.

Justicia. Llevadle aprisa: no salgan al encuentro sus compañeros.

Tediato. Jamas los tuve: ni en la maldad, porque jamas fuí malo, ni en la bondad, porque ninguno me ha igualado en lo bueno. Por eso soy el mas infeliz de los hombres. Cargad mas prisiones sobre mí: Ministros feroces, ligad mas esos cordeles con que me arrastrais qual víctima inocente. Y tu que en ese templo quedas, únete á tu espiritu immortal, que exâlaste entre mis brazos, si lo permite quien puede, y ven á consolarme en la cárcel, ó á desengañar á mis jueces. Salga yo valeroso al suplicio, ó inocente al mundo. Pero no; agraviado ó vindicado muera yo, muera yo, y en breve.

Justicia. Su delito le turba los sentidos: andemos, andemos.

Tediato. Estamos ya en la cárcel?

Justicia. Poco falta.

Tediato. Quien encuentre la comitiva de la justicia, llevando á un preso ensangrentado, pálido, mal vestido, cargado de cadenas que le han puesto, y de oprobios que le dicen, que dirá? Allá va un deliqüente. Pronto lo verémos en el patíbulo: su muerte será horrorosa; pero saludable espectaculo. Viva la justicia. Castíguense los delitos: arránquense de la sociecad los que turban su quietud. De la muerte de un malvado se asegura la vida de muchos buenos. Así iran diciendo de mi; así irán diciendo. En vano les diria mi inocencia. No me creerian; si la jurára me llamáran perjuro sobre malvado. Tomaria por

tes-

testigos de mi virtud á estos astros; darian su giro sin cuidarse del virtuoso que padece, ni del iniqüo que triunfa.

Justicia. Ya estamos en la cárcel.

Tediato. Sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del suplicio, depósito de malhechores, abre tus puertas; recibe á este infeliz.

Justicia. Este hombre quede asegurado: nadie le hable: ponedle en el calabozo mas apartado y seguro; doblad el número y peso de los grillos acostumbrados. Los indicios que hay contra él son casi evidentes. Mañana se le exâminará. Prepáresele el tormento por si es tan obstinado como iniqüo. Eres responsable de este preso, tu, carcelero: te aconsejo que no le pierdas de vista: mira que la menor compasion que para con él puedes tener, es tu perdicion.

Carcèlero. Compasion yo? De quien? ¿De un preso que se me encarga? No me conoceis. Años ha que soy carcelero, y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido, como si guardára fieras en las jaulas. Pocas palabras, ménos alimento, ninguna lástima, mucha dureza, mayor castigo y continua amenaza. Así me temen. Mi voz entre las paredes de esta cárcel es como trueno entre montes. Asombra á quantos la oyen. He visto llegar facinerosos de todas las provincias, hombres á quienes los dientes y las canas habian salido entre muertes y robos... Los Soldados al entregármelos se aplaudian mas que de una batalla que hubiesen ganado. Se alegraban de dexarlos en mis manos, mas que si de ellas sacáran el mas precioso saqueo de plaza sitiada muchos meses; y todo esto no obstante... á pocas horas de estar baxo mi dominio, han temblado los hombres mas atroces.

Justicia. Pues ya queda asegurado, á Dios otra vez.

Carcelero. Sí, sí : grillos, cadenas, esposas, cepo, argolla, todo le sugetará.

Tediato. Y mas que todo mi inocencia.

Carcelero. Delante de mi no se habla; y si el castigo no basta á cerrarte la boca, mordazas hay.

Tediato. Haz lo que quieras; no abriré mis labios... Pero la voz de mi corazon... aquella voz que penetra el firmamento ¿ como me privarás de ella?

Carcelero. Este es el calabozo destinado para tí. En breve bolveré.

Tediato. No me espantan sus tinieblas, su frio, su humedad, su hediondéz; no el ruido que han hecho los cerrojos de esa puerta; no el peso de mis cadenas. Peor ocupacion me ocupa ahora: : : Ay Lorenzo! Habrás ido al señalado puesto: no me habrás hallado: que habrás juzgado de mí? acaso creéras que miedo, inconstancia : : : Ay! no Lorenzo : nada de este mundo ni del otro me parece espantoso, y constancia no me puede faltar, quando no me ha faltado ya sobre la muerte de quien vimos ayer cadáver medio corrompido; me acometieron mil desdichas; ingratitud de mis amigos; emfermedad, pobreza, ódio de poderosos, envidia de iguales, mofa de parte de mis inferiores... La primera vez que dormí, figuróseme que veía el fantasma que llaman fortuna. Qual suele pintarse la muerte con una guadaña que despuebla el universo, tenia la fortuna una vara con que volvia á todo el globo. Tenia levantado el brazo contra mí. Alcé la frente, la miré. Ella se irritó: yo me sonreí, y me dormí: segunda vez se venga de mi desprecio. Me pone, siendo yo justo y bueno, entre facinerosos hoy;

mañana tal vez entre las manos del verdugo: este me dexará entre los brazos de la muerte. O muerte! ¿Por que dexas que te llamen daño, el mayor de ellos, el último de todos? Tu daño! quien asi lo diga no ha pasado lo que yo.

¡Que voces oigo, *ay*! en el calabozo inmediato! Sin duda hablan de morir. Lloran! van á morir y lloran! Que delirio! Oigamos lo que dice el mísero insensato que teme burlar de una vez todas sus miserias. No, no escuchemos. Indignas voces de oirse son las que articula el miedo al aparato de la muerte.

Animo, ánimo, compañero: si mueres dentro del breve espacio que te señalan, poco tiempo estarás expuesto á la tiranía, envidia, orgullo, venganza, y desprecio, traicion, ingratitud: : Esto es lo que dexas en el mundo: Envidiables delicias dexas por cierto á los que se quedan en él; te envidio el tiempo que me ganas; el tiempo que tardaré en seguirte.

Ha callado el que sollozaba, tambien dos voces que le acompañaban, una hablándole de:: Sin duda fué execucion secreta. ¿Si se llegarán ahora los executores á mí? Qué gozo! Ya se disipan todas las tinieblas de mi alma. Ven muerte con todo tu séquito: sí: ábrase esa puerta; entren los verdugos feroces manchados aun con la sangre que acaban de derramar á una vara de mí. Si el ser infeliz es culpa, ninguno mas reo que yo. ¡Qué silencio tan espantoso ha sucedido á los suspiros del moribundo! Las pisadas de los que salen de su calabozo, las voces baxas con que se hablan, el ruido de las cadenas que sin duda han quitado al cadáver, el ruido de la puerta, estremece lo sensible de mi corazon, no obstante lo fuerte de mi espíritu. Frágil habitacion

de

de un alma, superior á todo lo que naturaleza puede ofrecer, por que tiemblas? ¿Ha de horrorizarme lo que desprecio? ¡Si será sueño ésta debilidad que siento! Los ojos se me cierran, no obstante la debilidad que en ellos ha dexado el llanto: sí; reclínome. Agradable concurso, música deliciosa, espléndida mesa, delicado lecho, gustoso sueño encantarán á estas horas á alguno en el tropel del mundo. No se envanezca; lo mismo tuve yo; y ahora::: una piedra es mi cabezera, una tabla mi cama, insectos mi compañía. Durmamos: Quizá me despertará una voz que me diga, ven al suplicio. Durmamos. Cielos! si el sueño es imágen de la muerte !::: Ay! durmamos.

Que pasos siento! Una corta luz parece que entra por los resquicios de la puerta. La abren; es el carcelero, y le siguen dos hombres. Que quereis? ¿Llegó por fin la hora inmediata á la de mi muerte? ¿Me la vais á anunciar con semblante de debilidad y compacion, ó con rostro de entereza y dominio?

Carcelero. Muy diferente es el objeto de nuestra venida. Quando me aparté de tí, juzgué que á mi vuelta te llevarian al tormento, para que en él declarases los cómplices del asesinato que se te atribuia; pero se han descubierto los autores y executores de aquel delito. Vengo con órden de soltarte. Ea, quítenle las cadenas y grillos: libre estás.

Tediato. Ni aun en la cárcel puedo gozar del reposo que ella me ofrece en medio de sus horrores. Ya iba yo acomodando los cansados miembros de mi cuerpo sobre esta tarima, ya iba tolerando mi cabeza lo duro de esta piedra, y me vienes á despertar; y para que? Para decirme que no he de morir. Ahora si que turbas mi repo-

po-

poso... me vuelves á arrojar otra vez al mundo, al mundo, de donde se ausentó lo poco bueno que habia en él. Ay! decidme, es de dia?

Carcelero. Aun faltará una hora de noche.

Tediato. Pues voyme: con tantas contingencias como ofrece la suerte ¿Que sé yo si mañana nos volverémos á ver? *Carcelero.* A Dios.

Tediato. A Dios. Una hora de noche aun falta. Ay! Si Lorenzo estuviese en el parage de la cita, tendriamos tiempo para concluir nuestra empresa: se habrá cansado de esperarme.

Mañana donde le hallaré? No sé su casa. Acudir al templo parece mas seguro. Pasaréme ahora por el atrio. Noche dilata tu duracion; importa poco que te esperen con impaciencia el caminante para continuar su viage, y el labrador para seguir su tarea. Domina, noche, domina mas y mas sobre un mundo, que por sus delitos se ha hecho indigno del sol. Quede aquel astro alumbrando á hombres mejores que los de estos climas. Miéntras mas dura tu obscuridad, mas tiempo tendré de cumplir la promesa que hice al cadáver encima de su tumba, enmedio de otros sepulcros, al pie de los altares, y baxo la bóveda sagrada del templo. Si hay alguna cosa santa en la tierra, por ella juro no apartarme de mi intento: si á ello faltase yo: si á ello faltase ::: como habia de faltar?

Aquella luz que descubro será ::: será acaso la que arde, alumbrando á una imágen que está fixa en la pared interior del templo. Adelantemos el paso. Corazon, esfuerzate: ó saldrás en breve victorioso de tanto susto, cansancio, terror, espanto y dolor, ó en breve dexarás de palpitar en este miserable pecho. Si aquella es la luz, el ayre la hace temblar: de modo, que tal vez se

apa-

apagará antes de llegar á ella. Pero por eso he de temer la obscuridad? Antes debe serme mas gustosa. Las tinieblas son mi alimento. El pie siente algun obstáculo... que será? Tentemos. Un bulto, y bulto de hombre. Quien es? Parece como que sale de un sueño. Amigo! quien es? Si eres algun mendígo necesitado que de flaqueza has caido, y duermes en la calle por faltarte casa en que recogerte, y fuerzas para llegarte á un hospital, sígueme: mi casa será tuya; no te espanten tus desdíchas; muchas y grandes serán; pero te habla quien las pasa mayores. Respóndeme, amigo... desahóguese en mi pecho el tuyo; tristes como tu busco yo; solo me conviene la compañía de los míseros; harto tiempo viví con los felices. Tratar con el hombre en la prosperidad, es tratarle fuera del mismo. Quando está cargado de penas, entónces está qual es, qual naturaleza le entrega á la vida, y qual la vída le entregará á la muerte, quales fuéron sus padres, y quales serán sus hijos. Amigo, no respondes? Parece jóven de corta edad. Niño, quién eres? Como has venido aquí?

Niño. Ay! Ay! Ay!

Tediato. No llores; no quiero hacerte mal. Dime quien eres! Donde viven tus padres? Sabes tu nombre, y el de la calle en que vives?

Niño. Yo soy::: mire vm.::: vivo::: venga vm. conmigo, para que mi padre no me castigue. me mandó quedar aquí hasta las dos, y ver si pasaba alguno por aquí muchas veces, y que fuera á llamarle. Me he quedado dormido.

Tediato. Pues no temas: dame la manita: toma ese pedazo de pan que me he hallado no sé como en el bolsillo, y llévame á casa de tu padre.

Niño. No está léjos.

Tediato. Como se llama tu padre? Qüe oficio tiene? Tienes madre y hermanos? quantos años tienes tu? Y como te llamas?

Niño. Me llamo Lorenzo como mi padre; mi abuelo murió esta mañana: tengo ocho años, y seis hermanos mas chicos que yo. Mi madre acaba de morir de sobreparto: dos hermanos tengo muy malos con viruelas, otro está en el hospital, mi hermana se desapareció desde ayer de casa; mi padre no ha comido en todo hoy un bocado de la pesadumbre.

Tediato. Lorenzo dices que se llama tu padre?

Niño. Si señor.

Tediato. Y que oficio tiene?

Niño. No sé como se llama.

Tediato. Explícame lo que es.

Niño. Quando uno se muere y le llevan á la Iglesia, mi padre es quien...

Tediato. Ya te entiendo: sepulturero, no es verdad?

Niño. Creo que sí: pero aqui estamos ya en casa.

Tediato. Pues llama, y ●recio.

Sepulturero. Quien es?

Niño. Abra vmd. padre: soy yo, y un Señor.

Sepulturero. Quien viene contigo?

Tediato. Abre, que soy yo...

Sepultur. Ya conozco la voz: ahora baxaré á abrir.

Tediato. Que poco me esperabas aquí! tu hijo te dirá donde le he hallado: me ha contado el estado de tu familia. Mañana nos verémos en el mismo puesto para proseguir nuestro intento, y te diré por que no nos hemos visto esta noche hasta ahora. Te compadezco tanto como á mí mismo, Lorenzo, pues la suerte te ha dado tanta miseria, y te las multiplica en tus deplorables hijos ::: Eres sepulturero ::: haz un oyo muy grande, y ::::::

NO-

NOCHE TERCERA.

TEDIATO, Y EL SEPULTURERO.

DIÁLOGO.

Tediato. Aquí me tienes, fortuna, tercera vez expuesto á tus caprichos: Pero quien no lo está? ¿Donde, quando, como sale el hombre de tu imperio? Virtud, valor, prudencia, todo lo atropellas: no está mas seguro de tu rigor el poderoso en su trono, el sabio en su estudio, que el mendígo en su muladar, que yo en esta esquina lleno de aflicciones, privado de bienes, con mil enemigos por fuera, y un tormento interior capaz por sí solo de llenarme de horrores, aunque todo el orbe procurase mi felicidad.

¿Si será esta noche la que ponga fin á mis males? La primera de que me sirvió? Truenos, relámpagos, conversacion con un ente que apenas tenia la figura humana, sepulcros, gusanos, y motivos de cebar mi tristeza en los delitos, y flaqueza de los hombres. Si mas hubiera sido mi mansion al pie de la sepultura, qual seria el éxîto de mi temeridad? Al acudir al templo el concurso religioso, y hallarme en aquel estado, creyendo que ::: que hubiera creido? Gritarian: muera ese bárbaro, que viene á profanar el templo con molestia de los difuntos, y desacato á quien los crió.

La segunda noche ... ay! vuelve á correr mi san-

sangre por las venas con la misma turbacion que anoche. Si no has de volver á mi memoria para mi total aniquilacion, huye de ella: ó noche infausta! Asesinato, calumnia, oprobios, cárcel, grillos, cadenas, verdugos, muerte y gemidos... por no sentir mi último aliento huía de mí un instante la tristeza; pero apenas se me concede gozar el ayre que está libre para las aves y brutos, quando me vuelve á cubrir con su velo la desesperacion. Que ví? Un padre de familias, pobre, con su muger moribunda, hijos parvulillos y emfermos, uno perdído, otro muerto aun ántes de nacer, y que mata á su madre aun ántes de que ésta le acabe de producir. Que mas ví? Que corazon el mio! ¡que inhumano, sino se partió al ver tal espectáculo!... Escusa tiene::: mayores son sus propios males, y aun subsiste. ó Lorenzo! ó! vuélveme á la cárcel. Sér supremo, si solo me sacaste de ella para que viese tal miseria en las criaturas.

Esta noche, qual será?: Lorenzo, Lorenzo infeliz! ven, si ya no te detiene la muerte de tu padre, la de tu muger, la enfermedad de tus hijos, la pérdida de tu hija, tu misma flaqueza: ven: hallarás en mí un desdichado, que padece no solo sus infortunios propios, sino los de todos los infelices á quienes conoce, mirándolos á todos como hermanos: ninguno lo es mas que tu. ¿Que inporta que tu nacieras en la mayor miseria, y yo en una cuna mas delicada? Hermanos nos hace un superior destino, corrigiendo los destinos de la suerte, que divide en arbitrarias clases á los que somos de una misma especie: todos lloramos... todos enfermamos... todos morimos.

El mismo horroroso conjunto de cosas de la noche antepasada vuelve á herir mi vista con aque-

aquella dulce melancolía... Aquel que allí viene es Lorenzo... sí, Lorenzo... Que rostro! Siglos parece haber envejecido en pocas horas; tal es el objeto del pesar semejante al que padece la alegría, ó destruye nuestra débil máquina en el momento que la hiere, ó la debilita para siempre al herirnos en un instante.

Lorenzo. Quien eres?

Tediato. Soy el mismo á quien buscas: el cielo te guarde.

Lorenzo. Para que? ¿Para pasar cincuenta años de vida como la que he pasado llena de infortunios... y quando apénas tengo fuerzas para ganar un triste alimento... hallarme con tantas nuevas desgracias en mi mísera familia, expuesta toda á morir con su padre en las mas espantosas infelicidades? Amigo, si para eso deseas que me guarde el cielo, ah! pídele que me destruya.

Tediato. El gusto de favorecer á un amigo debe hacerte la vida apreciable, si se conjuráran en hacértela odiosa todas las calamidades que pasas. Nadie es infeliz, si puede hacer á otro dichoso. Y amigo, mas bienes dependen de tu mano, que de la magnificencia de todos los reyes. Si fueras emperador de medio mundo... con el imperio de todo el universo, ¿que podrias darme que me hiciese feliz? Empleos, dignidades, rentas? Otros tantos motivos para mi propia inquietud, y para la malicia agena. Sembrarías en mi pecho zozobras, rezelos, cuidados, tal vez ambicion y codicia... y en los de mis amigos... envidia. No te deseo con corona y cetro para mi bien... mas contribuirás á mi dicha con ese pico, ese azadon... viles instrumentos á otros ojos... venerables á los mios. . . Andemos, amigo, andemos. . . . .

NO.

NOTA.



El autor de éstós Diálogos los dejó sin concluirlos (como consta del borrador original) y sin darles la última mano, en que segun su plan, se proponia el reconocimiento de TEDIATO, *detestando su furiosa pasion, y sirviendo de escarmiento á los jóvenes incautos, paraque se precaviesen, no dexándose arrebatar de un amor desordenado.*

D. SANCHO GARCIA,

CONDE DE CASTILLA.

TRAGEDIA ESPAÑOLA

ORIGINAL.

POR EL CORONEL

DON JOSEF CADALSO.



ARGUMENTO.

Doña Ava, Condesa viuda de Castilla, madre y tutora del Conde D. Sancho Garcia, Príncipe de tierna edad, enamorada de Almanzor, Rey Moro de Córdova, intenta dar veneno á su hijo por complacer á su amante; cuya ambicion aspiraba á ocupar el Trono de Castilla, mas que á reynar en el corazon de la Condesa. El Cielo, visible y único Juez de los Soberanos, dispone que la Condesa beba el veneno que sus impias manos habian preparado para su hijo.

Este asunto ha sido tratado en las tablas de nuestro antiguo Teatro segun el gusto que dominaba en el siglo pasado.

He compuesto este Drama conformándome al estilo de esta Era. Conozco yo mismo algunos defectos en mi Tragedia: el Público notará muchos mas. Creo merecer el perdon de los primeros por la sinceridad con que los confieso; y espero obtener el de los segundos por el dócil carácter del Público Español, acostumbrado á disimular las faltas de los AA., en cuyas obras se ven afectos de religion, honor, patriotísmo y vasallage.

ACTORES.

ALMANZOR, *Rey Moro de Córdova, amante de*
DOÑA AVA, *Condesa viuda de Castilla, madre y tutora de*
DON SANCHO GARCIA, *Conde de Castilla, educado por*
DON GONZALO, *Montero de Espinosa, noble anciano de Castilla.*
DOÑA ELVIRA, *Sobrina de Don Gonzalo.*
ALEK, *Ministro de Almanzor.*

Damas Castellanas. *Soldados Castellanos.*

La Escena es en un Salon del Palacio de los Condes de Castilla.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Almanzor y la Condesa sin guardias ni acompañamiento.

Condeza.

No te encuentro, Almanzor, como solia,
el rostro y pecho lleno de alegría.
Dime la causa atroz de tu disgusto,
mi alma hasta saberlo está con susto.
Quanto placer tu amor me ha concedido
no equivale al dolor con que he sabido
tu tristeza: si me amas, dilo presto.
Ay! miéntras mas continuo, mas funesto
es tu silencio. Un alma vacilante
¿ con quien podrá mejor que con su amante
su tristeza contar para aliviarla?
Acaba de matarme ó relatarla,
si alguna vez mi pecho.........
Alm. No, Condesa;
no bastará el amor que me profesa.
Mayor que tu cariño es el cuidado
que ves en mi semblante fiel traslado
de lo que mi alma siente; es un abismo
en que peleo yo conmigo mismo.
En ansias tales consultar debia
con tu talento la desgracia mia;
pero léjos, te juro, de aliviarme,
la primera, seras á atormentarme.
Cond. Si supieras la pena con que veo,

que léjos de agradar á mi deseo,
aumentas con tus dudas mi quebranto,
ese secreto no ocultáras tanto.
¿Que habrá en el mundo que ocultarme debas¿
Alm. Mi pena contaré, como te atrevas
á darme tú el remedio con tu brio;
pero lo dudo.
Cond. De este pecho mio.
que dudas? ¿ que, te olvidas que en él mandas?
¿Quando tus leyes no me han sido blandas?
¿No sabes quanto anhelo á complacerte?
Que me pides? La vida? Dame muerte.
Gustosa te daré el postrer aliento:
ese será mi mas felíz momento.
¿A Córdoba me mandas que te siga?
Ser yo tu esclava? España mi enemiga?
¿Que habrá, almanzor, que de tu amor me aparte.
Alm. Haber nacido Rey.
Cond. Llega á explicarte;
haré quanto me digas.
Alm. Lo aseguras?
Cumplirás lo que ofreces? Me lo juras?
Cond. Ay Cielos! Yo pensaba que tu pecho
podia estár del mio satisfeche.
Esas desconfianzas de tus labios
son de mi tierno amor nuevos agravios.
¿Por que me pides nuevo juramento?
¿Por que nuevas sospechas? ¿Con que intento
me pides otra vez nueva promesa?
Alm. Porque es mayor que todas, ó Condesa,
la nueva gracia que á perdirte vengo,
por eso á tu pasion tanto prevengo.
No rezelo me falte tu fineza;
mas se de las mugeres la flaqueza:
emprenden facilmente quanto intentan;
más si dificultad experimentan,
se apartan de la empresa que intentáron,

tan facilmente como la ideáron.

Cond. No con razon arguyes de ligero
al sexô mio: acuerdate primero
del tesón que he mostrado por mi parte:
¡oh quanto me ha costado el estimarte!
Lo sabes: mis vasallós se opusiéron,
luego que mi cariño conociéron
en tu persona puesto. Ellos osados,
y contra tu nacion preocupados,
de nuestro amor hablando con injurias:
corté sus vuelos, y calmé sus furias.
Yo sola, sin auxîlio, ni consejos,
rompí la nube, que tronaba léjos.
Calló Castilla ya. Ya no se opone
al yugo estraño que mi amor le pone:
¿que habrá que yo no alcance y te conceda?

Alm. Tal vez será lo que tu amor no pueda.
Es tal, que no me atrevo á proferirlo;
pero en este papel quiero escribirlo. *Escribe.*

Cond. Cielos, que miro! Que turbado escribe!
¡Que nuevo susto el corazon recibe!
Su mano tiembla, y tiembla el pecho mio!
Ay! que será? Parece desvarío
el susto que al turbarle me conmueve;
agüero infausto cotenerse debe
en el papel: parece que se anega
en sangre, que á mi mismo pecho llega.
Ya lo acabó. Si dura mas, ay Cielos!
mi vida acabarian mis rezelos.

Alm. Si mi cariño, si mi bien deseas,
lee el papel; y luego que lo veas,
harás, Condesa, quanto en él te pido;
Dandola el papel.
si te falta valor, desde hoy te olvido.

SCENA II.

Condesa. sola.

Oh terrible amenaza ¡ tente, espera......
Que dirá este papel ! Suerte severa !
Que susto da su vista ! Y ¡ que tormento
al leerle temblando experimento !
Parece que una mano oculta y fuerte
(ó funesto papel !) me quita el leerte.
Leeré para salir de mis rezelos.
¡ Que densa nube se interpone, ó Cielos !
entre mi débil vista, y tus renglones ?
Salgamos con valor de confusiones :
bebamos de una vez todo el veneno
con firme labio, y corazon sereno.
No tiembles mano, vista no te alteres ;
porque vea Almanzor, que las mugeres
no tienen ménos brio que los hombres.
Atiende, corazon, y no te asombres. *Lee.*
Mas ¡, Cielo, que he leído ! Si me engaño ?
Si grande fué el temor, mayor el daño :
¡ O bárbaro Almanzor, indigno amante !
? que daño has de temer de un tierno Infante ?
Del Idolo de amor, Deidad demente,
¿ sera mi hijo víctima inocente ?
Aceptarás mi mano ensangrentada,
en el seno filial, ay Dios ! manchada ?

SCENA III.

La Condesa, y Doña Elvira.

Elv. Llegó, Señora, el deseado dia,
que ha de colmar tu alma de alegria
Hoy del Moro Almanzor la Regia mano,
temor del Granadino y Sevillano,
tuya será. A tu Corte fué traido
por tu fama, y fué en ella detenido,

su venida ocultando y su morada,
con la tregua que al fin está pactada.
Faltó ya la ficcion; ya descubrísteis
ambos el fuego que ocultar quisisteis.
De Castilla los Pueblos y Nobleza
se opusiéron en vano á tu fineza.
Recibe de mi pecho.. Mas ¿ que mire
tu criada leal ? Lloras ?

Cond. Elvira,
¡como se muda én horroroso objeto
el gusto que parece mas completo!
Verdad es quanto dices, fiel amiga;
pero si quieres que mi horror te diga...
como podré ? Almanzor, fiero y turbado,
este papel con inquietud me ha dado,
diciendo: si me quieres, ó Condesa,
si mi bien y mi mal hoy te interesa;
has quanto este papel por mí te pida;
si no te atreves, Almanzor te olvida.
Fuese: tomé el papel: lo abrí: leílo......
Mas, Cielos, que rigor! ay Dios, que estilo!
No lo repetiré: si tu deseas
saber del Moro el fin y las ideas,
toma : : : : : :

Elv. Señora, ¿ que es lo que contiene?

Cond. A los mas fuertes sustos te previene
al leerlo: en él verás....... Pero no, Elvira,
digántelo tus ojos. Que, ¿ te admira
el principio ? Prosigue. Amor tirano!

Elv. „No te puedo ofrecer mi Regia mano,

Leyendo.

„ si contigo no parto el poderío.
„ Como tú lo serás del Reyno mio,
„ he de ser yo Señor de tus Estados.
„ Deben ser á mi amor sacrificados
„ quantos puedan el Cetro disputarme:
„ un hijo tienes: si has de desposarme;

„ si tu mano, Condesa, ha de ser mia,
„ primero ha de morir Sancho Garcia."

Acaba de leer.

¡Que horror, Señora!

Cond. Elvira, ¿quien creyera
de dueño tan amable accion tan fiera?
Tal me pide Almanzor! Un hijo mio!
¿Donde hallará mi pecho tanto brio?

Elv. Que resuelves?

Cond. Acaso dudar puedo?
Si tal delito á mi pasion concedo,
¿que fuego habrá en los Cielos vengadores,
que no prorrumpa en rayos y en horrores?
¿Que tierra habrá que sufra ser pisada
por muger tan infame y desgraciada?
Pero aun quando la tierra me aguantase,
quando el Cielo sus iras no ostentase,
(pues sufre alguna vez su ofensa el Cielo)
¿me dexaria, el interior rezelo?
El pecho, de su culpa fiel testigo,
de la interna quietud duro enemigo,
¿me dexaria acaso un solo instante?
Entre los mismos brazos de mi amante
hallaria terror en vez de gustos.
De su amor ¿que lográra sino sustos?
Junto al tálamo mismo ya veria
la deplorable imagen de Garcia;
y su inocente pecho, atravesado
por mi bárbaro brazo ensangrentado,
fuera vista mas triste y horrorosa
que del Infierno la morada umbrosa.
La imágen de su padre, que glorioso
de esta infame muger fué noble esposo,
me parece que veo, y que me dice:
de un esposo tan fiel, viuda infelice,
¿no basta profanar mi augusto lecho
con un dueño Africano? ¿Satisfecho

no estaba tu delirio ? Aun no te basta ?
¿ A España privas de mi egregia casta
de nobles succesores destinados
á ser por todo el Orbe respetados ?
De amor, Elvira, abráseme la llama
ántes que yo consienta que la fama
publique tanto horror. El Cielo quiera
que ántes que Sancho por mi mano muera,
mi brazo, al tiempo que el delito intente,
salvando el corazon del inocente,
se vuelva contra mi, porque mi espada,
librándole, me dexe castigada.

Elv. Allí viene Don Sancho por un lado:
por otro viene á paso acelerado
Alek, que es de Almanzor el confidente.

Cond. Elvira: ó noble Elvira, aquí mantente:
impide que Don Sancho hoy me mire:
forzoso es que de aquí yo me retire,
porque mi confusion me turbaría
al ver y hablar al infeliz Garcia.
Dile que vuelve hácia mi propia estancia,
A Alek oiré: tal vez la arrogancia
del Moro Rey se habrá trocado en ceño.
Ay! que dirá de parte de su Dueño ?
Salgo á encontrarle: tu con gran cuidado,
haz que no me halle Sancho desgraciado,
y que Almanzor.....

Elv. No pierdas un instante,
pues ya llega Garcia, y de tu amante
el confidente. Entiendo tus ideas;
y haré, Señora, lo que tú deseas,

SCENA IV.

Don Sancho, Doña Elvira y Don Gonzalo.

Elv. A donde vas, Señor ?

D. Sancho. Que? No me admira
en poco tu pregunta. Dexa, Elvira:
siguiendo voy mi madre y mi señora,
que he mirado de aquí salir ahora.

D. Gonzalo. Luego que el Sol ha comenzado el dia,
á su madre tributa Don García
su obsequio, en tantos modos merecido
por madre y soberana. No es debido
el embarazo que á su anhelo pones.

Elv. Yo tengo Don Gonzalo, mis razones.

Sancho.. No las puedes tener..

Elv. Mi Soberano
eres, Don Sancho, y dueño tan humano,
que audacia altiva mi rigor parece,
y que, por tanto tu furor merece.
Pero tu madre, y mi señora.........

Sanch. Aleve!
¿que es lo que el labio á pronunciar se atreve?
Mi madre acaso? puede haber mandado
que el paso impidas á su hijo amado?
Elvira, no lo creo: está mi pecho
del amor de mi madre satisfecho.

Elv. Yo no tengo mas causas que exponerte,
que la de la obediencia; y es tan fuerte,
que ella me hará sufrir quanto castigo
invente ayrado tu rigor conmigo.

Gonz. Señor, pues Doña Elvira se mantiene
en observar las órdenes que tiene,
y en no explicarlas, como injusto fuera
obligarla á decirlas, ven, y espera
á mas tarde; vendrás, y asi, García,
podrás quejarte de la tiranía.
Mal dixe, la dureza con que quiso
no verte, como sueles. Ya es preciso
dexar para otro lance tu demanda.

Sanch. Tu me persuades, y mi madre manda.
Obedezco y venero, como es justo;

pero mi corazon queda con susto.
Elvira volveré. Dirás, te pido,
á mi madre, que la amo tan rendido,
que ya la obedecí.

SCENA V.

Elvira sola. Guárdate el Cielo.
Mas la Condesa vuelve. ¡Que rezelo
y susto viene impreso en su semblante!
Si tendrá nuevas priesas de su amante!

SCENA VI.

La Condesa: y Doña Elvira.

Cond. Volvióse Sancho?
Elv. Sí.
Cond. Y que te dixo?
Elv. Con dominio, y dolor tu tierno hijo
pidió, y mandó que el paso le dexase:
representéle; instó que no estorvase:
mantúveme; irritóse; mas prudente
Don Gonzalo calmó su pecho ardiente.
Cond. O hijo tierno! ó Sancho! mi esperanza!
y de toda Castilla confianza!
Tu madre tu verdugo! El trono mio
suplicio habra de ser, en que mi brio
condene, y execute los horrores,
que te anuncian del Moro los rencores.
Ay! no. Mi pecho no se atreve
á dar al uno lo que al otro debe.
Elv. Con que al Moro despides?
Cond. Calla, calla:
No sabes los asaltos en que se halla
mi pecho combatido al escucharte.
No es todo de García, mucha parte

ocupa el Moro; y en afan dudoso,
al bien de mi hijo cede el de mi esposo.
Al ir á resolverme titubéo,
segunda vez mudando mi deseo,
despreciando á Almanzor vuelvo á García:
desecho mi pasion: la llamo impía:
yo misma me hecho en rostro la locura
con que olvidé de madre la ternura:
me cubro de rubor, horror y espanto
al ver que cupo en mí delito tanto.
Ya quiero publicar del moro aleve
el crüel designio, que á formar se atreve;
y quando contra el Moro mas me irrito,
quando mi error, y su furor medito,
á la dulzura de su nombre, Elvira,
en tierno alhago se convierte mi ira.
Alek me acaba en este mismo instante
de apresurar de parte de mi amante
á que acelére el golpe. Alek, anciano,
ignoraba el rigor del Soberano,
que daba la órden. Yo, temblando el labio,
se lo expliqué; y él noble, humilde, y sábio,
temblaba al escucharlo.
Elv. Y tú, Señora.
¿resuelves por el hijo, que te adora,
ó por el Moro, que á reynar aspira?
Cond. Por quien resolverá mi pecho, Elvira?
Aun dudo sin querer. Ay! yo quisiera
un alma fuerte, que ahogar supiera
de una indigna pasion el fuego aleve,
y que quisiera á un tiempo lo que debe.
Elv. Cedes al Moro acaso?
Cond. Cielo santo!
Teme mi corazon delito tanto;
pero no obstante, en mi virtud no fio:
dudo entre el hijo, y el amante mio:
qualquiera de los dos, que yo despida,

una

una mitad fallece de mi vida.
No me dexes en tantas confusiones,
mezcladas de delirios, y razones:
escarmienta en mi pecho combatido.
A ninguno el amor ha parecido
mas suave, mas ameno y mas gustoso.
en el principio amable, y engañoso:
y á ninguno ha causado tal tormento,
como en su curso infausto experimento.
No pensé que su imperio me sería
blando sin su rigor, ni tiranía;
y al ligarme sus rígidas cadenas,
cargada me miré de susto y penas.
Huye, Elvira, de amor. Ay! joven eres!
mira que en sus pesares, y placeres
la pena siempre fue mayor que el gusto,
ligero el bien, y continuado el susto.

ACTO SEGUNDO.

SCÈNA PRIMERA.

Alek, y Almanzor.

Alm. Como te dixe, á la Condesa viste?
¿Dí como la encontraste?
Alek. Señor, triste.
Al verme conocí se conmovia:
apenas al principio profería,
en llanto prorrumpió: yo que ignorante
del secreto me hallé, quedé un instante
inmovil, sin saber de que pendía;
pero en medio del llanto que vertia,
su pecho abrió, me reveló el secreto.
Luego que me explicó tu fiero objeto......

Alm. Que hiciste, Alek......
Alek. Temblar, como temblaba
la amante y madre, la infeliz Doña Ava.
Alm. Despues del susto, que á tu edad anciana
causó mi idea, al paracer tirana,
como de un Rey prudente consejero......
Alek. Prudente si, mas nada lisongero.
Alm. No lo apruebas acaso?
Alek. Hablar me mandas?
¿Pero ha de ser con las palabras blandas,
con que la adulacion dora el veneno;
ó con el firme estilo, con que el bueno
guarda de la verdad las sacras leyes?
Alm. Habla como se debe con los Reyes.
Alek. Un Rey del Sér supremo es un retrato:
á Dios solo será lenguage grato
la voz de la verdad: asi es debido
que te hable con estilo no fingido.
Adúle, finja y mienta, si gustáre,
quien menos tu carácter veneráre:
tal vez de sus lisonjas mas gustoso
oiras el atractivo delicioso,
que el asento severo, que pronuncia,
la dura voz, que la verdad anuncia.
Yo te diré verdades: satisfecho
quedará con decirlas este pecho,
como queda tu oído desgraciado
quando necias lisonjas ha escuchado.
Alm. Es áspero el principio, duro y fuerte.
Alek. Paso pues, ó mi Rey! á responderte.
Que la Condesa mate al niño tierno,
objeto digno de su amor materno,
por tu consejo, es crimen mas tirano
que si tu lo matáras con tu mano.
Y dí, señor, tu diestra no temblára
si al inocente pecho se acercára
con el hierro, ó veneno, conducido

solo de tu ambicion? A su gemido,
y blandas manos, que alzaria al Cielo,
pidiendo al Sér Supremo su consuelo,
no tembláras? No temes la venganza
del pueblo, que en él funda su esperanza.
Y de su misma madre el triste llanto
al ver su Infante muerto; y el quebranto
de toda aquesta corte conmovida,
tu mano no apartáran atrevida?
Pero supon que el Cielo tolerase
delito tan atroz, y te dexase
en el trono usurpado Castellano:
te gustára ser Rey, siendo tirano?
Ay! no Señor. La púrpura manchada
con la inocente sangre derramada,
fuéra carga á tus hombros horrorosa.
Dexa á la Fama que coloque ansiosa
entre los Dioses sacros á los hombres,
que por el lustre de gloriosos nombres
roban despojos para adorno infame:
dexa que á fieras semejantes llame
hijos amados la fortuna ciega:
al darles triumfos, la quietud les niega.
Los prospectos, ya sé, de una conquista
son agradables á la regia vista;
y los que la ambicion llenar desean,
no distinguen los medios que se emplean.
Mas no conoces tu del Castellano
el invencible amor al Soberano.
Adora á su Monarca. Aunque pudieras
sus pueblos añadir á tus primeras
tierras, en que dominas coronado,
nunca conservarás este Condado.
Soberbio el Español su sangre vierte
defendiendo á su Rey, gustosa muerte
se le ofrece en la sangre que derrama,
donde la guardia de su Rey le llama.

Del padre hereda el hijo la constancia:
este es el alimento de su infancia.
Las madres comunican fortaleza
con la leche que nutre su terneza.
Al paso que leales son valientes:
en las fatigas duros y pacientes.
En mi joven edad, Señor, mi mano
mandó tu tropa contra el Castellano:
vencióme, y le vencí, mas siempre fiero
de batallar con pueblo tan guerrero.
Su exército no tiene el aparato,
superflua compostura, y falso ornato,
que otras tropas ostentan en campaña
pues solo tiene de marcial la saña.
Lo ví descalzo, flaco, pobre, hambriento,
buscar al enemigo, no al sustento.
Si alguna vez murmura un órden dado
executa obediente lo mandado;
y el enemigo paga la imprudencia
del Gefe que mandó sin experiencia.
No es facil que jamás tal pueblo admita
el yugo atroz, que tu ambicion medita.
Si pudieras dar á siglos venideros
timbres, para tu fama verdaderos,
imita á los Monarcas virtuosos,
que se tienen por grandes y gloriosos,
como sus pueblos venturosos sean.
Quan dignamente su vigor emplean
en hacer respetar á la justicia,
en cortar el progreso á la milicia,
premiar virtudes castigando vicios,
y ofrecer á los Cielos sacrificios
en tantas aras, como son los pechos
de vasallos, que viven satisfechos.
De mi verdad el cielo me es testigo.
Esto pienso, Señor, y esto te digo.
Alm. Corta fué mi pregunta; y tu respuesta

no fué menos osada que molesta.
Yo pedí pareceres, no consejos.
Dede hoy de mi persona vive léjos,
y no contristes mas mi augusta mente.
Huye de mi presencia prontamente.

Alek. Señor, no estraño la desgracia mia;
aun ántes de empezar ya la sabia:
mas la veía mientras mas hablaba.
La verdad contra el riesgo me alentaba:
si ésta te ofende, tu desgracia siento:
obedezco, mi Rey, de ti me ausento.

SCENA II.

Alm. solo. ¿De que sirve vasallo que no adula?
¿De que sirve ser Rey, si se le anula,
por rígidos consejos de un anciano,
el despotismo, que hace al Soberano?

SCENA III.

Almanzor, y la Condesa.

Alm. En tu semblante hermoso, aunque tan triste
ya conozco, Señora, que leiste
aquel papel que mis designios muestra.
Alek tambien, aunque su voz siniestra
solo me vaticina culpa, ó muerte,
me ha dicho que te ha visto: he de deberte
fineza tal, que si parece odiosa
á tus ojos por madre, es mas gloriosa
mirada como Reyna, á quien se humilla
con el noble condado de Castilla
el Cordobés Imperio. Lo presento
á tus plantas en prueba y monumento
de que sabe Almanzor agradecido
premiar el beneficio recibido.

Bien sé que en la pueril ternura amante
cuesta resolucion tan arrogante;
pero espero, que ya considerado
el gran valor de la razon de estado
habrás juzgado accion menos impia,
sacrificar la vida de Garcia.
Por si su muerte causa en esta tierra
alboroto civíl é incierta guerra,
en Córdoba tendré dispuesta gente,
que sostenga mi idéa. Diligente
á verte volveré, donde tu mano
me asegure el Condado Castellano.
Esto pienso, Condesa, y me asegura
mi amor, que me lo aprueba tu hermosura.

Cond. Pues yo pensé, Almanzor, bien al contrario:
creí, que si al principio temerario
la muerte pretendias de García,
porque obstáculo fuerte parecía
á tu ambicion para obtener ufano
el supremo dominio Castellano;
al conocer el crimen horroroso,
que cruel propusiste á mi piadoso
materno corazon, que siempre viste
colmado de blandura, te corriste
de idéa tan atroz; y que rendido
me querias pedir diese al olvido
las lineas, que tu crimen comprendian,
y en que á un tiempo ofendidos quedarian
la humildad, el Cielo, la nobleza,
tu fama, mi virtud y mi terneza.
Creí que un heroe como tu, tendría
por falta de valor la tiranía,
y por carga insufrible al brio hermano
el Cetro, y el puñal en una mano.

Alm. No Condesa, no pienses que yo pueda
ceder: tu corazon al mio ceda.
No me puedo apartar de lo propuesto:

sin

sin este sacrificio me es funesto
tu amor: con él me fuera delicioso,
y á mi y á mis vasallos ventajoso.
El tiempo por instantes va faltando:
mi genio altivo con el tuyo blando
lo pasará en superfluas reflexîones.
A la razon de estado no hay razones
que superiores sean, ni hay ideas
que pesen mas.

Cond. Tyrano! porque veas
quanto anhela mi pecho á complacerte,
y á costa de un delito obedecerte,
me resuelvo á que Sancho separado
de mí, y en un castillo aprisionado,
(diciendo yo que ha muerto) pase triste
la vida, que arrancarle pretendiste.
Asi conseguiras tu idea basta.
¿No te basta este crimen?

Alm. No me basta.
No pienses con tal arte entretenerme:
ó Sancho ha de morir, ó has de perderme.
Resuelve y breve lo que mas te importe,
ó déxame ausentarme de tu Corte.

Cond. Que escucho ¿Que impiedades me propones?
¿Trataste con humanos corazones,
ó solo con las fieras, que produce
la adusta tierra, de que se deduce
tu orígen Africano? ¿Al pecho mio
propone tu ambicion tal desvarío?
¿La pérdida de un hijo ó de un amante?
Ay! ¡como merecieres que inconstante
te negase, tyrano! mi cariño,
y le ofreciese entero al regio niño!
Peró tu me conoces dominada
de esta pasion, y mi alma esclavizada.
Bien lo sabes; y abusa tu fiereza
de mi pecho embriagado con terneza;

pero no apures, no, mi pechó altivo:
sabré morir si, con martirio vivo,
por no perderte, ni á mi Sancho amado;
(duda, que tiene á el pecho acongojado)
Yo moriré, Almanzor, y con que gusto
¿Acaso al inocente imprime susto
el lúgubre aparato de la muerte?

Alm. Fuera causa mas breve y aun mas fuerte
de la muerte de Sancho. Sin respeto
mi brazo emprendería tanto objeto.
Esta menor edad de Don Garcia
disension en Castilla senbraría;
y con tan favorable coyuntura
sería su conquista mas segura.
Y pues esa amenaza de matarte
puede ser en tus labios sutil arte,
te digo, que bien muerta ó viva, quiero
coronarme en Castilla.

Cond. ¿Tan severo
prosigues con tu intento?

Alm. Sí, Condesa.
Yo parto, pues mi ausencia me interesa,
ó muera el que se opone á mi fortuna.
Qualquiera dilacion es importuna.
Firma en estos papeles, fementida,
el órden que acompaña mi partida
hasta llegar al fin de tu frontera;
ó toma aqueste acero, con que muera
Sancho. No digo mas. Condesa, advierte,
que mi ausencia decretas ó su muerte.

SCENA IV.

Cond. Que es ésto Cielos ¡Que fatal conflicto!
Cada mano cargada de un delito!
y el débil pecho á cada qual propenso,
mirando á la virtud, queda suspenso,

En tanta confusion, en duda tanta,
lo que mas me complace, mas me espanta.....
Pero que digo? El pecho acongojado
no caiga baxo el peso del cuidado.
No con vanas fantasmas de terrores
han de dudar las almas superiores.
En su ignorancia temblará la plebe:
el noble pecho mas vigor se debe.
Sí: vamos. Pero dónde? Yo lo ignoro:
á mi hijo quiero, y mi amante adoro.
Pero mi amante una maldad me pide;
merece por su crimen que le olvide.
Pero mi hijo me priva de un amante;
debe ser inmolado el tierno Infante.
Seré, si mato á Sancho, madre impía:
si se ausenta Almanzor, ay triste dia!
¡que pocos seguirán tu luz ingrata!
¿Mas que interior impulso me arrebata?
Sí: ya siento de madre la terneza:
yá me habla al pecho la naturaleza.
Ay Sancho! vive; sí, vive, y la suerte
dexe á tu madre que consiga verte
reynar como tu padre. Quiera el Cielo
que seas tu de mi vejez consuelo;
y que despues de verte ¡ó Sancho amado!
mandar gloriosamente este Condado,
yo muera entre tus brazos quietamente.
Entonces sí que miraré presente
del ciego amor el sacrificio que hago:
entonces sí que me seria aciago
el haberte pospuesto á mis amores.
Dame, virtud, tus fuerzas superiores.
Si: de Almanzor firmemos la partida.
De mi Almanzor ¿Del dueño de mi vida?
Ay! no puede caber accion tan dura
en quien él mismo halló tanta blandura.
Aparte, pluma, de mi mano impía,
y no marche Almanzor; muera García.

SCENA V.

La Condesa, y Doña Elvira.

Elv. Señora, con cuidado.... Mas que veo?
Lo que turbada miro apénas creo.
En tu mano un puñal? ay! dí: que es esto?
Cond. Otro tengo en el pecho mas funesto.
Todo mi pecho ocupan los terrores,
negros remordimientos y rencores.
Que sombras! que visiones me amedrentan!
¡Que invisibles verdugos me atormentan!
Conozco el mal horrible, lo aborrezco;
y lo que á otros preparo, yo padezco.
Elv. ¿Y de que nace tu infeliz estado?
Cond. La muerte de Don Sancho he decretado.
Elv. Que delito! Señora. ¿no decias
que á la virtud sacrificar querias
tan horrenda pasion? Tu pecho mismo
¿no te mostró de errores un abismo,
al ver del Moro Rey las pretensiones?
Cond. ¡Que leves sois, humanos corazones!
A un ímpetu de amor, ó de locura
cedió de justa madre la ternura.
Pintóme amor del Moro la partida
con tan tristes colores, que la vida
perdiera por no verle ya marchando.
Su bella imágen, su atractivo blando,
fuéron fuertes motivos, que se unieron
y á un crimen suficientes pareciéron.
Con tal resolucion la mano mia
firmó la injusta muerte de García.
Pero fuerzas del vicio producidas,
quando han sido algun tiempo mantenidas.
Desvanece sus sombras el delirio,
y entónces que dolores! qué martirio!

Aho-

Ahora que con justas reflexîones
exâmino el rigor de mis pasiones:
ahora que ya veo quan mudado
está en sensible mi feliz estado:
al ver que en otros tiempos yo pasaba
quieta la vida, que feliz lograba;
y al presente entre sustos comprimida,
toda muerte es mas dulce que mi vida:
yo misma me aborrezco, me abomino,
contra mi vida con rigor camino;
y no tengo valor para arrancarme
un corazon, que supo acriminarme.
Elv. ¿Que intentas, pues, Señora?
Cond. Yo lo ignoro:
solo sé que suspiro, gimo y lloro;
que cada vez se aumenta mi tormento;
que temo el crimen, y temerle siento.
Llama á Garcia, y dile.... No, detente:
sigueme; y mira en mi dolor presente
lo que cuesta el delito mas gustoso:
¡que lejos de la culpa está el reposo;
y que cerca del crimen el castigo!
Elv. Desgraciada Condesa, ya te sigo.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Alek solo.

Inconstante fortuna, aquí me tienes,
(firme en tus variaciones y vayvenes)
no como en otros tiempos estimado
de mi Rey Almanzor, sino arrojado
de lo alto de la cumbre al precipicio.

¡Hi-

¡Hiciste, ó suerte, tu comun oficio!
Feliz aquel que de la humilde vida
nunca subió; no teme la caída.
Aquel que sube á la mayor privanza
con susto fuerte, y débil esperanza,
previendo en cada caso de la suerte
la vida triste ó la infelice muerte,
comprando con peligros los favores,
apura de los hados los rigores.

SCENA II.

La Condesa y Alek.

Cond. Ya sé de tu desgracia el fundamento.
Alek. Decirtelo no puedo: no me siento
capaz de revelarte por mis labios
la falta de mi Rey, ni mis agravios.
Cond. Cruel es Almanzor.
Alek. Pero es mi dueño.
Con rostro humilde, adoraré su ceño;
y si de Rey pasando á ser tyrano,
me mata, besaré su regia mano.
Estas del buen vasallo son las leyes,
por mas faltas que se hallen en los Reyes.
Cond. ¡Buen vasallo, y tan mal recompensado!
¿Quien te defiende del rigor del hado?
¡Quien te conserva contra su inclemencia?
¿Quien consuela tu pecho?
Alek. La inocencia.
Ella sola me basta, y es sobrada,
contra los golpes de la suerte ayrada.
El infeliz que en su inocencia piensa,
encuentra en su virtud su recompensa.
¿Y de que la virtud nos serviría
contra el acaso, fraude y tiranía,
si no hubiese dispuesto el justo Cielo

que

que en ella hallemos superior consuelo?
Su hermosa luz mas clara resplandece,
quanto mas la fortuna se obscurece.
Caí: mientras mas baxo, mas lo estimo:
del Arte de la Corte asi me exîmo.
A Cordova me vuelvo: humildemente
en mi casa tranquila é inocente
mi vida pasaré. No es sacrificio
el que hago de la Corte: su bullicio,
qual juguete de niños ignorantes,
que consume los años como instantes,
divierte al joven, y al anciano enfada.
Cond. Admiro tu fineza.
Alek. Es dimanada
de que no aspiro mas que á ser honrado.
Cond. ¿Contra tu Rey no te hallas irritado?
Alek. Abomino á los hombres, que se atreven
á dar censura á quien obsequio deben.
El Rey es como Dios, Señora atiende:
quien mas lo estudia, menos lo comprehende.
Yo marcho en fin, y con valor me hallo:
conocerá Almanzor, que un buen vasallo
no se suele encontrar tan facilmente.
Me llamará, y entonces obediente
yo volveré á sus plantas: sus enojos
se borrarán con llantos de mis ojos.
Despues de haber vivido algunos años,
meditando mis muchos desengaños,
mas cuerdo volveré desde mas lejos:
será mejor mi voto en sus consejos:
mas útil le seré mientras mas sabio:
con mas servicio pagaré mi agravio;
y de verme mas apto á su servicio,
por corto juzgaré mi sacrificio.
Si acaso su rigor fuere tan fuerte,
que me olvide en destierro, y que la muerte
me alcance en mi desgracia, ¡quan dichoso

su momento será! ¡Con que reposo
Alek espirará! ¡Con que sosiego
de no haber sido injusto palaciego!

Cond. Allí viene Garcia, noble Moro.
Si recibirle, ó despedirle ignoro:
y con la turbacion de mi semblante
conocerá tal vez el tierno Infante
el riesgo en que le pone su fortuna.
Tu presencia será mas oportuna.
Detenlo, no permitas que me vea,
hasta que yo decida, y que mi idea
acabe de una vez de reducirme.

Alek. Señora, en la virtud mantente firme:
oye á tu corazon: su fortaleza
es voz con que te habló naturaleza.
Nunca miente, Señora, el pecho nuestro:
lo recto aprueba, y tacha lo siniestro.
No sofoques su luz con el nublado
que causa la pasion: el desdichado
que con lisonjas engañarse intenta,
su castigo en su daño experimenta.

Cond. A Dios, Alek.

SCENA III.

Alek. solo. El ente Soberano
dirija tus ideas y tu mano.
O Sér supremo! cuya inmensa ciencia
demuestra de los hombres la demencia,
desnuda nuestros flacos corazones
del cúmulo horroroso de pasiones,
que nos convierte en fieras.

SCE-

SCENA IV.

Alek , Don Sancho , Don Gonzalo , y Guardias.

Alek. ¡O Garcia,
de Castilla esperanza y alegria!
Llega feliz: y tú, Gonzalo amigo,
el Cielo soberano me es testigo
del gozo que en tu trato he recibido,
el tiempo que en Castilla yo he vivido.
Joven feliz, que al mando destinado
por ayo tan prudente estás criado....
D. Sanch. Alek ¡ó sabio Alek! mi pecho siente
tan oculto dolor, y tan vehemente,
que ni explicarlo, ni sufrirlo puedo:
á su inmenso dolor por débil cedo.
Mi madre de su vista me separa.
Su vista ay Cielo! ¡su presencia cara
ha de faltar á tan rendido hijo!
Mientras mas lo contemplo mas me aflijo.
¡Si vieras qual mi pecho, acostumbrado
á sus blandas caricias, se ha turbado
al ver que de su vista me desvia!
Ya para siempre se turbó la mia
con llanto inagotable.
Gonz. ¡Si tu vieras
las duras quexas y amenazas fieras,
con que Don Sancho arguye, enardecido
con lo que le parece en mí descuido!
Dice que de su madre habrá llegado
á merecer la suerte de su enfado
por falta, que él sin culpa ha cometido,
y de que yo no le haya reprehendido.
Sé las obligaciones con que vive
el que el empleo principal recibe
de maestro de un joven, que se cria
para mandar por si la Monarquia.
Sé que en un descuido, aunque parezca leve

H no

no como corto regular se debe;
pues trae una horrorosa conseqüencia
(quando llega á mandar) su negligencia.
Tomé temblando cargo tan precioso:
sigo con zelo: acabaré gustoso.
No creas que yo ceda de mi parte
por mantenerte grato y adularte.
Mal tu tierno cariño pagaria,
si escusára tus faltas, ó García.

Sanch. Pues de donde procede la tibieza,
que mi madre......

Gonz. Tal vez es tu terneza
quien te la presenta, sin que sea
tal como la fingió tu tierna idea.

Sanch. No, no, que el pecho me lo dice.
¡Ay madre!

SCENA V.

Los de la anterior, la Condesa, Doña Elvira, Damas y Guardias.

Sanch. Aqui está Sancho el infelice.

Cond. En vano, Elvira, quise no mirarle:
mi corazon se arrastra por hablarle.
¡Hijo querido Infante! mi García,
llega á mis brazos, llega.

Sanch. Madre mia
dexa bañar tus plantas con mi llanto:
Se arroja á los pies de su madre.
dexa que desahogue mi quebranto
en la ternura de tu amor materno,
en la dulzura de tu pecho tierno.
Pues hijo me llamaron esos labios,
respondan con cariño á mis agravios.
Sí, madre, agravios grandes tu me hiciste
á mí, á tu hijo, sin delito, triste.
¿Por que no me admitiste en tu presencia?
¿En que pudo ofenderte mi inocencia?
Si alguna leve culpa he cometido,

¿por

¿por que no me la dices? Con gemido
tristísimo y contínuo, madre mia,
en ese corazon lo borraria:
merezca al menos....
Cond. Ay! ¿que pecho fiero
se puede resistir? Sancho, te quiero:
Alzándole á sus brazos.
no dudes de mi amor. En tí, bien mio,
contemplo una virtud, admiro un brio
superior á tus años. En ti veo
(¡ó si será verdad, ó si deseo!)
de tu padre y mi esposo un fiel retrato,
tan dulce á mis sentidos y tan grato,
que adoro tu presencia. ¡Ay! no: te pido
no creas que mi amor hayas perdido.
Los negocios de estado me llamaban:
de mi misma y de tí me separaban;
y aun ahora me llaman, hijo mio:
no temas, aunque veas mi desvio.
Con Alek y tu ayo te retira.
Sanch. Obedezco, y salgamos.

SCENA VI.

La Condesa y Elvira. La Condesa hace una seña para que las Guardias y Damas se retiren.

Cond. Oh! mi Elvira,
¡que vil me ha parecido el artificio!
¡que pena me ha costado el sacrificio!
¿No notaste mi pecho qual temblaba?
El labio ¿quan violento se explicaba?
¿No viste de mis ojos la porfia
contradecir quanto mi voz decia?
Si dura mas martyrio tan violento,
hubiera fallecido en el tormento.
Cediendo mi interés á mi cariño,
me hubiera declarado al tierno niño.
Con su vista mi pecho se ha trocado:
contra el mismo Almanzor lo hubiera armado.

SCENA VII.

Los de la anterior, y Almanzor.

Alm. Conozco que en tu pecho aun permanece
tanto cariño, que pueril parece.
Aun no conoce su interés: y necio
trata su bien y el mio con desprecio.
Dime: de Elvira al mugeril secreto,
¿por que fiaste tan sublime objeto?
Elv. Porque sabe de mi alma la nobleza.
Cond. Conozco de su pecho la entereza.
Desde niña en Palacio se ha criado
en negocios muy graves á mi lado.
No menos que de mí de Elvira fio:
su pecho es uno con el pecho mio.
Así lo fuera el tuyo de otra suerte...
Alm. Ya parece imposible resolverte:
y pues guardar á Sancho es despedirme,
y no ceder, yo quiero ser tan firme
en mi resolucion: queda en la tuya:
será razon que de tu Corte huya.
Ya será peligrosa su morada
á mi persona, á riesgos entregada.
Ya pierdes á Almanzor. Desde hoy perdiste
(porque tú conservarle no quisiste)
á un amante que fino idolatraba
la imágen de tu rostro: que aspiraba
á poner á tus plantas su corona:
que por verte exponia su persona
en medio de Castilla, tierra ingrata,
que siempre fiera al Africano trata.
Pierdes á quien jura (y lo cumpliera)
serte constante el tiempo que viviera.
¿Es esta aquella fé que prometiste
guardarme para siempre? ¡Ay de mí triste!
Condesa, si matarme pretendia
tu amor, ya convertido en tiranía:
si ya cansado de mi amor, desea

frus-

frustrar tu pecho mi constante idea;
no me lo digan tus ingratos labios:
completa con mi muerte tus agravios:
toma el puñal, que para Don García
en tu mano dexó la mano mia:
dirige contra mi su punta: hiere:
este es mi pecho: si piedad hubiera
en ese corazon, si he de deberte
algun corto favor, mi sangre vierte.
Si de constante la apreciable fama,
alguna vez tu corazon inflama,
tu brazo, no tu boca fementida,
me quite el grave peso de mi vida.
¿Ni gusto ni rigor de tí merezco?
Cond. Solo tu vida y gustos apetezco.
¿Hice poco en decirte que á García
mi mano en una torre ocultaria?
Alm. Preciso es que matarlo determines:
esa escusa que opones á mis fines,
no la ideaste tu: será expediente
del desleal Alek, cuyo insolente
orgullo con la capa de entereza
apellida virtud á tu flaqueza.
Su vida pagará su desacato.
Cond. No creas, no, que Alek te sea ingrato:
tu nombre adora, tu delirio siente.
Aqui estuvo: postrado y reverente
habló de tu persona: tus pasiones
hallaban en su boca reflexîones,
que de escusa servian. Yo te juro
que no tienes vasallo mas seguro.
Solo mi amor á un hijo desgraciado,
que ha nacido de mi, que yo he criado
al pecho mio, que mi amor merece,
por quien su madre tu rigor padece:
solo este amor tan eficaz y justo
hace que mire tu rigor con susto:
hace que la pasion, que te he tenido,

y á mis ojos tan suave ha parecido,
se represente en este infausto dia
como objeto de horror y tiranía.
¡Necia de mí, que de imprudencia llena
oprimí el débil hombro con tal pena!
Alm. Necio de mí (con mas razon lo digo)
y el Cielo, el sabio Cielo me es testigo
que fuí mas necio, no sabiendo osado,
en tu pasion inmensa confiado,
valerme de tu amor para mi intento.
Te acuerdas no lo dudo, del momento
que en el jardin ameno de esta casa,
por donde el Tajo entre laureles pasa,
(perdona si en contartelo prosigo)
al pie de un mirto, solos, sin testigo,
lejos del fausto de la Corte y fiesta,
lejos de aquel bullicio que molesta,
oyendo desde lejos la armonia
de una música suave, que aplaudia
la dicha de un amor correspondido;
depuesto aquel respeto, que es debido
entre regias personas, me dixiste;
con rostro amante, y con acento triste:
¡Oh, mi Almanzor! ¡oh quan dichosa fuera,
si diferente ley tu fe tuviera!
Si fueras como hermoso, tu Christiano,
yo ligára mi mano con tu mano:
feliz union por siempre juntaria
tu amable vida con la vida mia.
Pero pues no es posible esta alianza,
y si á ella no es justa la venganza,
pide Almanzor quanto deseas:
Castilla está á tus pies; y porque veas
mi sincera pasion, pronuncia, manda.
Esto dixiste, y tu dulzura blanda
tanto fuego á tus ojos infundia,
que pasaban del labio la energia.
Entonces yo pudiera, y aun debiera

va-

valerme de ocasion tan lisonjera.
Yo tímido no quise con tal arte
á mi justa ambicion determinarte.
Solo dixe: Condesa, si te espanta
entre las leyes diferencia tanta:
si el no ser Mora tú, y yo Christiano,
me quita el enlazar tu hermosa mano;
mira como la yedra, aunque distante,
se abraza tierna con el olmo amante.
Si entonces Almanzor, menos turbado,
hubiera aquel momento aprovechado,
tu hijo en sacrificio le ofrecieras,
y qual me pierdes tu, no me perdieras.
A Dios te queda.

SCENA VIII.

La Condesa, y Doña Elvira.

Cond. Elvira, sigue al Moro:
dile que le amo, dile que le adoro,
y que á su voz mi corazon se humilla;
que reynará en mi pecho y en Castilla:
que Sancho morirá.
Elv. Que, ¿por tu mano?
Cond. No será mi rigor tan inhumano.
No con tanta crueldad, con artificio
he de hacer tan horrendo sacrificio.
Fingiré que Almanzor, la paz firmada,
de su regreso emprende la jornada:
que en su obsequio un festin está dispuesto.
A Sancho un vaso con licor funesto
un criado dará, cuya bebida
acabe con mis sustos y su vida.
Corre, y dile á mi hijo que aqui venga,
mientras mando que al punto se prevenga
el banquete funesto á Don García.
Se ha llenado de fuerza el alma mia.
Elv. ¿Mi boca ha de llevarle su sentencia?

Don Sancho es mi Señor, y en su presencia
se partirá mi pecho noble.

Cond. Calla.
Plausible escusa tienes de vasalla;
mas no te necesito: ven conmigo.
¡O Cielo ayrado! tu furor consigo.
¿Ni un cómplice me dexas? ¿Ni siquiera
quien me obedezca? Pero mas entera
ha de ser mientras mas esté frustrada.
Ya está tu muerte, Sancho, decretada.

Elv. Confio, ó Dios, en tus perpétuas leyes,
que guardan las personas de los Reyes.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Gonzalo y Elvira.

Elv. Estamos solos?

Gonz. Sí, solos estamos.

Elv. ¿De nobles Castellanos nos preciamos?

Gonz. Si me precio, y te precias justamente.
De nuestra sangre la ínclita corriente
desciende de la mas noble montaña
de Asturias, venerada en toda España.
Nuestros abuelos fueron nobles Godos,
todos leales, y guerreros todos.
Tu abuelo me crió: yo joven era:
de su escuela aprendí la vez primera
el modo de empuñar la espada y lanza.
Tu padre, primo mio, y esperanza
de tu familia, fue mi compañero,
sabio en la paz, en la campaña fiero.
Seguíle en diez batallas: á mi lado
murió de un dardo el pecho atravesado:
su sangre me bañó. Muriendo estaba,
quando con voz, que débil le faltaba,

me dixo : yo me muero : ya mi aliento
faltó, no mi valor: muero, y contento.
De mi muerte feliz me aplaudo ufano,
pues muero por mi patria y Soberano.
Mi cuna el campo fué: mi tumba sea;
solo te pido que mi hija vea
en tí todo el cariño de mi pecho:
si tal prometes, muero satisfecho.
Esto dixo, y murió. Desde aquel punto,
de mi cuidado ha sido digno asunto
tu bien. Pero si premias la ternura,
con que crié tu joven hermosura,
te ruego no me ocultes las razones
de tu interior cuidado y aflicciones.

Elv. De un secreto fatal turbada vivo.

Gonz. Desahoga conmigo el pecho altivo.

Elv. Ni puedo descubrirte, ni ocultarte
asunto tan atroz: diréte parte....
mas no, que si te oculto parte alguna,
la otra será á tus ojos importuna.
Dudosa en tal conflicto yo me hallo;
si te hablo, infiel; y complice, si callo.
Pero por otra parte se interesa
toda Castilla.

Gonz. Si de la Condesa
no fuera confidente, yo sabria
el secreto indagarte, Elvira mia;
pero no me parece justo ahora.

Elv. Venero á la Condesa: es mi Señora
pero el Conde en peligro tal se halla,
que morirá, si Elvira te lo calla.

Gonz. Sobrina, me confundes. Que me dices?
Me llenas de sospechas infelices.
¿En que peligro se halla el tierno Infante?
¿Porqué en decirlo tardas un instante?
Si yo puedo impedirlo, dilo presto.

Elv. Escucha, pues, el lance mas funesto,
y prepara el miedo. Ya tu sabes
que de Córdoba vino con los graves

motivos de una tregua, que importaba
al Moro, y á la Corte de Doña Ava,
el tyrano Almanzor. Formó ambicioso
el proyecto mas alto y monstruoso.
Rey de Castilla coronarse quiso:
mas, ¿de que modo? Aquí será preciso
aumentes la atencion; porque no creas,
que ayudando el valor á sus ideas,
encomendase el brazo de la guerra
la baxa astucia que en su pecho encierra.
Cobarde es el traydor: solo es valiente
quien lleva nobles fines en su mente.
Bien conoció Almanzor, que Don Garcia,
aún joven, duro obstáculo sería:
determinó matarle, mas para esto,
aun meditó otro crimen mas funesto.

Gonz. Qual fué? Qual pudo ser? No lo concibo.

Elv. Escucha, y tiembla. Su rigor altivo
un tiempo se humilló: fingiéndose amante:
duro en su pecho, y tierno en su semblante.
A la Condesa, madre de Garcia,
tutora suya, en quien Castilla fia,
declaró su pasion, sirvió rendido:
fingió gustó el amor, aunque fingido.
La Condesa lo oyó: por verdadero
tomó el amor del Moro lisongero:
faltando la virtud, faltóle el brio,
entregando al amante el alvedrio.
Luego que el Moro vió que dominaba
al engañado pecho de Doña Ava,
su idea declaró, diciendo ufano,
que no queria sin reynar, su mano:
que la razon de estado y el provecho
de su pueblo, ocupaba mas su pecho,
que su bien personal; y asi pedia,
que si ella á su pasion correspondia,
matase á Sancho, porque de este modo
en su mano cayese el mando todo

de Córdoba y Castilla.

Gon. No me espanta
en el Moro Almanzor codicia tanta.
No tiene la ambicion limite alguno:
qualquier medio á su vista es oportuno.
No dudo que el delito propondria.

Elv. Atérrete de amor la tirania.
En vano la Condesa horrorizada
se resistió: por fin cayó espantada
de la amenaza de perder su amante:
La muerte decretó del tierno Infante.

Gonz. Elvira, tente. Cielos! santos Cielos!
qué escucho?

Elv. Con congojas y recelos
me dixo sus intentos: mis oidos,
de tan fatal proyecto estremecidos,
oyeron, y dudaron lo que oyeron.
En vano mis afectos pretendieron
oponerse á la muerte de Garcia
con justas voces á su madre impia:
inutil todo fué. Gonzalo atiende.
En esta misma noche (ay Dios!) pretende
con un veneno atroz.....

Gonz. O Cielo santo!
no sufra tu bondad delito tanto.
Lo impediré te juro: ya me siento
del Cielo vengador noble instrumento
para impedir el crimen meditado.
Mi Soberano! (ay Dios!) mi brazo armado
lo apartará del fiero precipicio:
será mi vida justo sacrificio,
que le liberte: yo, yo mismo quiero
ser víctima feliz del Moro fiero.
De la copa en que beba Sancho, Elvira....

Elv. Señor, tu lealtad de amor delira,
¿No encuentras otro modo que lo impida?

Gonz. El modo mas feliz será mi vida.
Declarar al Infante lo ideado,

es decir el delito que ha pensado
Doña Ava; y ésta no por ser traidora
dexa de ser su madre acrehedora
á la veneracion. Pero allí viene
el Moro. Qué arrogante se mantiene!
Está pronta, y avisame el instante
destinado al delirio del amante.
Bien puede de Almanzor la tirania
añadir contra el pecho de Garcia
del infierno el furor á sus furores:
Gonzalo soy: desecha los terrores.
¡Mira como se acerca placentero:
sereno rostro y corazon severo!
¡Qué quieto en el peligro! Héroe parece,
si un malhechor tal nombre se merece.
Con Garcia se acerca discurriendo.
Elv. Tu vida y la de Sancho te encomiendo.

SCENA II.

Don Gonzalo, Almanzor, Don Sancho, guardias de Moros y Castellanos.

Alm. ¿Quien tales sentimientos te ha inspirado?
Tan noble corazon, quien te ha formado?
Sanch. El hidalgo que ves, su noble zelo
me cria.
Gonz. Ah, Señor! el alto Cielo
que guia las acciones de Garcia,
le inspira elevacion y valentia.
Su persona, Señor, de Dios recibe
las altas prendas con que sábio vive.
Yo solo he cultivado la semilla,
que el Cielo derramó sobre Castilla.
Alm. Mi marcha he de empezar.
Sanch. Quando?
Alm. Mañana.
Y dispone tu Madre y Soberana
se celebre la tregua concluida

por-

por víspera feliz de mi partida.
Convidando al banquete á su Grandeza
me obsequia con primor y con nobleza.
Conoce el interés de mi alianza;
y fundando en las paces su esperanza,
con Córdoba á Castilla ha reunido.
Tú Sancho, por los Cielos escogido
para ocupar él trono Castellano,
tu tierna mano enlaza con mi mano, *dandole*
y ofrece mantener... *la mano.*
Sanch. Yo te prometo
que será tu amistad mi digno objeto.
Mientras convenga al bien del pueblo mio,
la guardaré con fe; pero con brio
la romperé, si veo no conviene.
Yá ves que el Cielo confiado tiene
la suerte de su pueblo al Soberano;
y que éste ni de humilde, ni de ufano
no debe mantener la paz, ni guerra,
si el bien del pueblo su tenor no encierra.
Alm. Me importa mucho el lazo tan estrecho
de Córdoba y Castilla. De tu pecho
lo mismo espero. Al puesto señalado
vamos. En él dispone justo el hado
se confirme mi anhelo y esperanza.
Acude, Sancho, con la confianza
de qué tu madre espera tu presencia.
Sanch. Lleguemos, pues, con viva diligencia,
Y tú, Gonzalo, pues tu noble cuna
te eleva á lo mayor de la fortuna,
á mi lado estarás. Si la Condesa
manda que ocupen puestos en la mesa
todos los Grandes, pocos lo merecen
como tú, mi Gonzalo.
Gonz. No parecen
tan indignos de este honor los que opulentos
en medio de delicias y contentos
su vida pasan en descanso ocioso,

como los que en esmero mas glorioso,
defendiendo la Patria y Soberano,
las armas llevan en su egregia mano;
ó asisten al consejo con la ciencia,
que nace del estudio y la experiencia.
No fuí yo de los nobles embriagados
de su luxo, su fausto y sus estados;
de aquellos necios, que en el ocio blando
sus inútiles dias van pasando
sin servir á su patria, ni á su dueño:
siempre su vanidad miré con ceño.
Nietos indignos de predecesores
á mejor descendencia acrehedores.
Solo me acuerdo yo del padre mio
para imitar sus prendas con mi brio:
si al acordarme de él no le imitára,
el corazon del pecho me arrancára.
De mi niñez apenas yo salia
al mando del abuelo de Garcia,
mi tierno brazo con la lanza armado,
la dureza adquirió de buen soldado.
Joven mandé pequeños cuerpos sueltos:
guiélos entre polvo y sangre embueltos.
No el número, mi exemplo los guiaba
al templo de la gloria, que asaltaba.
Vencia con su fuerza mi presencia.
Despues, quando mas lleno de experiencia
cumplí mayor edad, Señor mi mano
las vanderas mandó del Castellano:
si con acierto, dígalo la gloria:
aun conservan las tropas la memoria.
Llegada mi vejéz, en tu crianza
fundé yo mi deber, y su esperanza
tu Corte: de este modo te he servido:
feliz de haber tal lauro conseguido.
Me distingues, Señor, y yo he logrado
merecer un reposo no envidiado.
La distincion que un Soberano hace

en-

entre sus nobles, tanto satisface
al que por sus servicios la recibe,
como estimúla al que en el ocio vive.
Vamos, Señor.

Alm. Soberbia Castellana!

Gonz. Y la experiencia prueba que no es vana.

Alm. Parece que tu madre, Sancho, viene.

Sanc. El semblante turbado y triste tiene.

Alm. No lo creas, Garcia; antes debiera,
si alguna pesadumbre padeciera,
desecharla en el dia que el tratado
queda con tanto gusto confirmado.
Mas te equivocas. En su rostro miro
no se qué nuevo lustre, que yo admiro:
En sus ojos, que fuego! y qué viveza!
En su semblante augusto, qué nobleza!
¿No ves en medio de su Corte hermosa
quál viene mas que todas magestuosa?
¿No ves como al acento de su boca,
que el pecho limpio de sus nobles toca,
todos suspensos van envanecidos
de estár á tal Señora sometidos?
Mira con que dulzura! ¡con qué agrado
á sus vasallos habla! Lo has notado?

SCENA III.

Los de la anterior, y la Condesa, con Doña Elvira y Damas Castellanas.

Cond. Corónese Almanzor, ya tu deseo.
Pocos instantes faltan.... mas qué veo?
Sancho?

Sanch. Señora, ya me referia
que debia sus gustos á este dia
el Rey, y que contigo ya ha pactado
treguas entre su Reyno y mi Condado.
Mas pareces turbada y distrahida!
Qué es esto, madre?

Alm. Si mi partida....
Cond. El tiempo no se pierda al punto vamos;
á las mesas dispuestas acudamos.
Sigue Garcia, á tu leal amigo.
Al uno y otro con presteza sigo.
Atravesad la pompa con que ostenta
mi Palacio las paces, que presenta
al valiente Almanzor.
Alm. Ven, pues, Garcia.
Sanch. Vamos. Ya te obedezco, madre mia.

SCENA IV.

La Condesa, Elvira sin Guardias.

Cond. ¿Que te suspende el corazon, Elvira?
Elv. Su suerte, el Cielo y tu rigor me admira.
Quando miro á Don Sancho y considero
llegar al sacrificio este cordero:
quando contemplo al Cielo tolerarlo,
y tu pecho, Señora, proyectarlo;
dudo si fuiste orígen de su vida:
y pregunto: ¿porqué el mortal sugeto,
es del ciego destino triste objeto?
Cond. No pretenda indagar tu necia idea,
qual de los Cielos el decreto sea.
Cumple el mortal con solo venerarlo:
lo debe obedecer, no investigarlo.
Es un enigma al necio pecho humano:
ni aspires á saber del Soberano
las máxîmas, porque secretos tales
piden solo obediencia á los mortales;
sin que sin ser culpado el hombre quiera,
tan no accesible penetrar esfera.
Sigueme, y calla.
Elv. Adonde?
Cond. Ven conmigo.
Elv. Perdóname, Señora; no te sigo.
Como quieres que yo la vista aguante

del

del Moro audáz, y el infeliz Infante
y mas la vista de de una madre aleve,
que le engendró, y á tal rigor se atreve.
Contra mi pecho ármara yo mi mano,
Señora, si no fuera mas humano;
si el tuyo en su pasion se determina
á ser del tierno fruto la ruina.
Yo tiemblo.
Cond. Tiembla, pues cobarde Elvira:
quedate y piensa que mereces mi ira.

SCENA V.

Elv. ¡Oh Dios, inmenso Sér! por cuyas leyes
se juzgan las personas de los Reyes:
tu, que solo conservas en tus manos
las causas de los sacros Soberanos
no permitas que sea profanada
tu imagen en los Reyes estampada.
Ostenta tu poder: guarda á Garcia:
lo pide por mi vóz la patria mia.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Alek. ¿Adonde marchó con destino incierto?
¿Que turbacion en el Palacio advierto?
No ha mucho que en placeres abundaba:
el dia tras la noche se pasaba,
tras la noche llegaba el claro dia,
y duraba continua la alegria.
Mezclabanse en las galas y en las flores
la purpura y el oro y los olores.
Los juegos, fiestas, brillos y hermosura
embriagaban al alma con ternura.
Hasta los elementos parecian
que al obsequio del arte concurrian.
Mas hoy, que con esmero extraordinario
se dispuso lo hermoso con lo vario:

hoy que con pompa singular se viste
la Corte Castellana, he visto triste
alguno de los hombres principales.
¡Que mezclados de sustos! ¡ó mortales
los gustos recibís!... Pero ya advierto
de tantos sustos el motivo cierto.
Amor aqui introduxo sus rigores.
¿Y puede haber quietud donde hay amores?
Quien busca paz donde hay amor, delira.

SCENA II.

Alek y Elvira.

Elv. Alek, Alek!
Alek ¿Que te amedrenta Elvira?
Qué gritos? ¿Qué rumor es el que siento,
que parece venir del aposento,
en que el banquete regio se dispuso?
Al parecer se aumenta aunque confuso;
no obstante se distingue el golpe fiero,
mezclandose el rumor con el acero.
Y aunque lejos está de aqui la pieza,
se percibe del lance la fiereza.
¿Y tu tambien tan pálida y turbada
sales de aquella sala?
Elv. ¡Desdichada,
para ver tal estrago habré vivido!
Alek. Que estrago viste? Que? Que ha sucedido?
Elv. El lance te contára, anciano sábio,
si fuerzas en mi pecho y en mi labio
hallára; mas no puedo.
Alek. Habla con brio.
¿Que se hizo tu Señora, y el Rey mio?
Elv. Ambos en gran peligro.
Alek. Ay Dios! que dices?
Elv. Pagaron sus delitos infelices.
Alek. Y como? Quando? Dí: cuentalo todo.
Elv. Alek (escucha, y tiembla) de este modo.
Tu Rey, tu fiero Rey, tu Rey tyrano.......
Alek. Muda de estilo, que es mi Soberano,

y no debo sufrir que asi lo nombres.

Elv. Pues escucha su horror, porque te asombres,
y me digas que nombre se merece
quien con las fieras competir parece.
Viendo Almanzor que al pecho dominaba
de la infeliz bellisima Doña Ava,
llegó por fin á persuadirla al fuerte
crimen, de dar á Sancho indigna muerte.
No me explayo en contarte cada lance
que hubo hasta el fin del horroroso trance:
el tiempo, y aun mi aliento me faltára,
si contártelos todos intentára.
Ella tomó el puñal, y vió su mano
endeble para crimen tan tirano:
al veneno apeló: con fraude impía
un banquete dispuso, en que á García
un criado el veneno administrase,
y de tal calidad, que lento obrase,
como debil insulto de un desmayo.
Lo supe yo: contélo todo al ayo
del regio Infante, paraque prudente
evitase un peligro tan urgente.
Díxele el nombre del fatal criado
(que lo supe despues): horrorizado
oyóme sin hablar: y del secreto
usó Gonzalo qual varon discreto.
Dispuso que al criado detuviesen
con no sé qué motivo, hasta que viesen
acabado el festin; y asi evitaba
la muerte á Sancho, el crimen á Doña Ava.
Llegaron al festin la madre impía,
el feróz Almanzor y Don García.
La Corte de Castilla el aposento
llenó de su belleza y lucimiento:
¡mas que pronto por lutos se trocaron
las galas y las joyas que brillaron!
La música empezó su melodia,
que luego se trocó en melancolia.
Sentaronse en la mesa: yo temblaba:

á Sancho, á la Condesa, el Rey miraba.
Miré al Cielo tambien con osadia,
porque iba á permitir tal tirania.
¿Como te explicaré con que tormento
en tales pechos vi tal fingimiento?
Cansóse el Cielo ya de crimen tanto:
escucha sus venganzas con espanto:
¡mira si al bien del bueno se interesa!
Quando pidió la copa la Condesa,
el oficial, á quien correspondia
ignorando que aquella que veia
con tan nuevos primores adornada,
era para Sancho destinada,
se la trajo; mas ella distraida,
llegó á sus falsos labios la bebida.
Bebió porcion; y al conocer su engaño,
y vuelto contra sí su mismo daño,
con ímpetu quitando el vaso aleve,
á Sancho dixo: de mi vaso bebe.
El responde inocente: no apetezco
ahora la bebida, ni merezco
tan alto honor. Doña Ava sospechando
que se vá su artificio declarando,
se turba. Sancho nota lo que mira:
la Corte entera su temblor admira.
El Rey tambien con pálido semblante,
la turbacion aumenta de su amante.
Hasta que con rigor, desesperada
de verse por su mano declarada,
todo el veneno apura. Este desecho
con el que tiene en su inhumado pecho,
aumenta su vigor, y se adelanta
el plazo de su muerte, que la espanta.
Entre rencor y furia la Condesa
dice su crimen, y su amor confiesa.
Al escucharlo el Moro quiso ufano
con rostro fiero, y con acero en mano
los suyos convocar, y ellos vinieron,
pero los Castellanos se opusieron,

y en campo de batalla fué trocado
el salon á las fiestas destinado:
Huyeron lo sequaces de tu dueño:
con sus desgracias aumentó su ceño:
la desesperacion le hizo valiente,
mas nada le valió. De nuestra gente
Gonzalo se apartó por mas osado,
y él solo sobre el Rey se echó arrojado.
La espada le arrancó del fuerte brazo,
para imponerle el afrentoso lazo
de una cadena, mientras Sancho dice
¿que castigo prescribe el infelice?
La confusion, que escuchas será parte
de lo que acabo, Alek, de relatarte.

Alek. ¡Mi Rey peligra, y tardo en su socorro!
Cruel me fué; pero á su auxîlio corro.
Mas que veo? ¡Almanzor encadenado!
¡El rostro de mi Rey desfigurado!
¡Rendido viene con destino incierto!
¡O quien por libertarle hubiera muerto!

SCENA III.

Los de la anterior, y Almanzor desarmado y guardado por Tropa de Castellanos.

Alm. Del Castellano vengador seguido,
cargado de cadenas y vencido,
abandonado de mi misma gente,
mi corazon sin su vigor se siente.
Del inmenso peligro en que me hallo,
quien me defenderá?

Alek. Tu buen vasallo:
aquel Alek, aquel honrado y triste:
aquel que por leal aborreciste:
aquel cuyo consejo si siguieras,
en tan funesto lance no te vieras.

Alm. Que oigo! que miro! tú! tu me defiendes?

Alek. Pues quien sino un leal? Pues que, ¿pretendes
te sirven en los lances peligrosos
los viles lisonjeros, los medrosos,

que

que en tiempos mas felices te siguieron,
quando solos placeres advirtieron?
No, Señor. Los hombres semejantes
no sirven en los lances inportantes:
tu fausto, tus mercedes deseaban,
quando en delicias suaves se embriagaban.
Aquí estoy yo: te bastará mi mano *de rodi.*
contra todo el esfuerzo Castellano.
Ven conmigo Señor: me determino
á abrir por entre todos un camino.

Alm. Levanta Alek, vasallo verdadero.
¡Que tarde te conozco! Ten el fiero
inutil brazo: ya no vale el brio,
deten el tuyo, pues detengo el mio.
En vano Sancho castigarme intenta:
ninguna de sus furias me amedrenta.
Llegue, convoque todo su despecho;
de todo triunfará mi regio pecho.

Alek. Como, Señor? La Corte Castellana
ardiendo en iras, y en venganza ufana,
en favor de Don Sancho enardecida:
¿Que estrella librará tu augusta vida?

Alm. No imploro yo el favor de las estrellas:
mi pecho, es superior á todas ellas.
No temes que me acabe en sacrificio
la cárcel, el veneno, ó el suplicio.
Yo me libraré.

SCENA IV.

Los de la anterior: la Condesa entre sus Damas, que la sienten en uno silla; y Don Sancho conteniendo á los Castellanos.

Sanch. Callad, teneos:
suspended el rigor con golpes feos,
no se manchen aceros tan gloriosos:
huyeron ya los Moros tan medrosos,
que solo está Almanzor.

1. *Castell.* El moro huya;
pero pague su error la madre tuya.

Sanch.

Sanch. Si vuestro amor merezco: si el Condado
en Sancho tiene un Soberano amado:
si en mí fundais vuestra esperanza y gloria,
nunca podreis echar de la memoria,
que su pecho me dió tierno alimento.
Si esto no basta, y vuestro atrevimiento
los límites pasáre que prescribo,
el primero de quien el brazo altivo
abance con la espada, considere
que no la ha de tocar, si antes no hiere
á su Señor y Dueño, á Don García.
¿Que mano habrá en Castilla tan impía?
¿Que Castellano habrá, como lo sea,
á quien no espante tan atroz idea?
Si sois vasallos mios desechadla.
Esta es mi madre: aun vive respetadla.
Yo de Almanzor ordenaré el castigo.
La ingratitud con que fingido amigo
quiso abusar de mi amigable trato,
(¡lo aleve, olvido pero no lo ingrato!)
es delito mayor que la malicia,
que fomentó en su pecho su codicia.
Pero á mi madre...
Cond. No, ya no es posible
que tal nombre merezca: fiera horrible
seré á tus ojos, y á Castilla entera.
Sanch. Tu hijo soy, tu hijo te venera.
Quando te miro, solamente veo
tu carácter, y no tu crimen feo;
y si á vengarme fuera inexôrable,
sin remediar tu error, fuera culpable.
Tu culpa, y mi venganza será justo
que pague el Moro aleve.
Alm. No con susto
escucho tu amenaza. Pero advierte
que tu madre te quiso dar la muerte.
Ella merece tu rigor, García.
Cond. No son las ansias de la muerte mia:
no son mis sustos y remordimientos

los

los que llenan de horror estos momentos.
Tu ingratitud horrenda y tiranía,
que procura irritar á mi García,
es mi mayor tormento: es quien osado
me arranca y rompe el corazon rasgado.
El crimen, que insensata he cometido,
¿de quien sino de ti fue persuadido?
¡Por quien sino de tí, ó monstruo ingrato!
¿falté yo á mi virtud y mi recato?
¿Al vínculo sagrado, quanto tierno,
que á Sancho unia con mi amor materno?
De todos mis delitos fuente ha sido
tu amor, con mi pasion correspondido.

Alm. Nunca te amé: tu amor solicitaba,
porque al supremo mando conspiraba.
Si al verte me prendé de tu hermosura,
poco duró, porque el amor no dura
en leves contingencias cimentado.
El tiempo, que con brio denodado
á mi ambicioso intento resististe
contra la vida de Garcia triste,
digna te hallé de amor y de respeto.
Mas luego que cediste, fuiste objeto
de mi desprecio: muere.

Cond. Si ya muero.
la muerte me adelanta ese severo
lenguage horrendo del infame Moro.
Al Cielo vengador conozco, adoro,
y pido no detenga, sus rigores
contra quien me inspiró tantos horrores.
Abrase, ó Dios! un rayo de tu mano
al infame Almanzor: pague el tirano
mi culpa, los peligros de García,
y el susto general. Su casta impía
perezca y se aniquile en toda España.
Ayuda, ó Cielo! la guerrera saña
de Sancho y sus gloriosos descendientes
contra Africa felices y valientes.
Y tú, sin que mi culpa mas te irrite,

per-

permite, Sancho mio, sí permite,
que hijo mio al espirar te llame.
Yo quisiera labar mi culpa infame
con sangre de mis venas. No me basta.
del llanto mio la corriente basta.
Dexa, Garcia, que mi voz turbada....
Pero siento mi fuerza ya acabada.
La del veneno crece. Ay mi García!
Me perdonas?

Sanch. Ay madre! madre mia!
La duda me avergüenza. Mas me aflijo.
Si fuiste mala madre, soy buen hijo.
Tu mano que el veneno ha preparado,
rendido beso, y á tus pies postrado...
Pero qué miro yo? Mi mano armada!
á los pies de mi madre con la espada!
Toma mi acero tú, ya me ha servido.

Gonz. Eso es, Señor, á tu virtud debido.
Olvida que tu madre fue tirana:
acuérdate que es madre y Soberana,
y dale ese consuelo. Acude presto.

Cond. Ya llega de mi vida el fin funesto.
Escarmienta de amor su curso aciago:
con gusto empieza, acaba con estrago.
Reyna feliz tú, Sancho. El Cielo cuida
para lauros los dias de tu vida.
A Dios, mi Sancho! á Dios! En este instante
mi corazon al crimen arrogante,
cobarde tiembla en este pecho mio:
en miedo vil se convirtió mi brio.
Un negro horror, rencor y cruda muerte
me quitan el hablarte, y aun el verte.
Muero entre tantos y tan graves males
como pueden las furias infernales.....
Mas ya..... No puedo articular razones
en medio de horrorosas confusiones.
Espiro.....

Sanch. Ya murió, Cielo divino!
En tí vengar mi ofensa determino *á Alm.*

en un suplicio acabarás la vida.
Alek. O Sancho! tu virtud esclarecida
venere en él aquel carácter regio,
que logra en todo crimen privilegio.
Alm. Dexa, mi Alek, que Sancho me amenaze,
así su debil pecho satisface.
Y porque el mio altivo nunca pueda
temblar, ni á sus rigores fieros ceda,
este puñal me librará de todo.
Sanch. Como Almanzor?
Alm. Garcia, de este modo.
No creas que en los brazos de la muerte
me espante, ni me ablande, ó Sancho! el verte.
Me aplaudo en el delito cometido:
solo siento el mirar no se ha cumplido
mi idea contra tí; pero pues muero,
ya que no te inmolé con este acero,
por dura suerte del injusto hado,
en mi pecho estará bien empleado.
¡Oy, si mi sangre al acabar mi vida
produxera torrentes de la herida,
que anegáran tu Corte y á tu Condado!
Pero muero. Los Cielos te han vengado.

Espira en manos de Alek.

Garc. Que es esto?
Gonz. Tu inocencia ya guardada:
tu madre por los Cielos castigada:
Castilla preparada contra el Moro;
y yo, Señor, que tu virtud adoro,
dando mil gracias al Divino Cielo,
porque ayudó mi siempre firme zelo.
Sanch. Lo premiaré. Tu cuida por ahora
del cuerpo de mi madre y mi Señora:
y que Alek á su patria conducido,
logre el premio á su merito debido.
Venérese en castigo tan severo
el brazo de los Cielos justiciero.

FIN.

ANALES DE CINCO DIAS:

Ó CARTA

DE UN AMIGO Á OTRO.

ES UNA INVECTIVA CONTRA EL LUXO, MODAS Y USOS DEL *SIGLO ILUSTRADO*.

---

1 Mi caro amigo: eres amigo caro, aunque no italiano: amigo de modas, aunque no frances; y amigo de hacer preguntas, aunque no señorito español. A ti te parece que cuesta poco escribir cartas á quien no firma como en barbecho las que le ponen? Pues á mí me cuesta mas caro responderlas, que pagar el porte de las que recibo; y así te llamo amigo *caro*, porque no tengo secretario, ni aun escribiente, gasto papel y tiempo, que, como otros muchos de los que se llaman escritores, pudiera emplear con mas utilidad propia y agena en cavar los campos, y en arar las tierras, ó en meterme á caballero (para lo que no es menester saber leer, ni escribir), y pasar una vida como un Patriarca, segun se dice vulgarmente; pues no hablo de aquellos antiguos, ni de los fundadores santos de las Ordenes Regulares, que pasaron tantos trabajos, porque sus hijos gocen el fruto de sus sudores.

2 Dirás que mi escrito se parece á los pleytos que se usan, en los que se escribe mucho, siendo inconexô del asunto sobre que es el pleyto (tambien suele serlo en algunos la resolucion), ó á los capítulos de los frayles, en

los que resulta no hacerse lo que ántes de hacerlos se prometia; pero en tu lugar no se sabe de estilos de corte, en donde nada se dice sin preámbulo, y con preámbulo y todo, suéle no decirse nada despues de haberse hablado mucho.

3 En tu lugar se sabe de usos hilanderos, y tal vez hilar delgado, y por el hilo sacar el ovillo. Hoy se usa poco ir por el camino recto, y se usa mucho para todas cosas ir por rodeos, y que no sepan por donde, ni cómo andan las cosas, pues ha llegado la política á lo que puede llegar; es tan fina y tan incomprehensible, que son pocos los que la ven y comprehenden, y así se llama este siglo *el siglo ilustrado*, y con razon, porque no merecen descalzarle los diez y siete siglos que han precedido desde el nacimiento de Christo señor nuestro, y Machîabelo con todo su saber es político de teta, para ciertos políticos que se han civilizado en lo que llaman *gran mundo.*

4 Ya se desterró la indecente antigualla de patentizar la verdad desnuda, y así se usa que la verdad salga á la calle medio vestida, y las mugeres medio desnudas, con lo que se crian mas robustas á prueba de resfriados y apretones de garganta, y evitar riesgo de enlodarse los *guardarodillas*, que aun conservan el antiguo nombre de *guardapies.*

5 Me parece que te veo impaciente de que no entramos en Madrid, ni en los asuntos á que debó responderte; pero ya vamos á entrar en uno y otros.

6 La mañana del dia tantos, de las calendas de no me acuerdo (porque esto de cronologías no es para mí, ni para otros que se meten á cronologistas, y de qualquiera cosa hacen *epoca*, como de la tarde que la primera vez salió á luz el grande lazo llamado *caramba*, en honor de su inventora, llevando las atenciones de todos los atentos) llegué á la imperial y coronada Villa, *que solo ella es corte*, segun dice un autor de nota, que así lo denota, y se le nota.

7 Era mi conocida antigua; pero la desconocí, no por mas vieja, como era natural pasando años, sino por mas

mas nueva, y dudé si era verdad que estaba en Madrid; porque ví mudados los montes de como los habia dexado: pero reflexioné que un gran Rey como es el nuestro, (Dios nos le guarde) sabe hacer de los montes ásperos y estériles llanos deliciosos, y tierras útiles y agradables (*).

8. Ví la ermita de nuestra Señora del Puerto metida en una ensenada, y que el camino iba de texas arriba de esta ermita. En el rio (que siempre me rio de que le dan este nombre) no hallé novedad. Como no ha entrado en el *gremio* de los rios grandes, no ha aumentado su caudal. Tambien me rio de que quiera hacer figura, y parecer mas de lo que es, no teniendo caudal, por la vanidad de que su nacimiento es claro, y su orígen puro y antiguo; pero llegó el *siglo ilustrado*, donde oro es lo que oro vale, y se pesan las gentes per el peso de lo que tienen, no por lo que merecen sus méritos, desde que Astrea se llevó al otro mundo su balanza.

9 Ví al llegar á la puerta de San Vicente, que la Puerta antigua se habia metido en la tierra, el Santo se habia ido al cielo, y que no se hacia tan cuesta arriba el entrar en Madrid por un camino tan ancho.

10 En él me salió al encuentro un amigo llamado Juan de las Viñas, que tiene de todo, ubas, pámpanos y agraz. Salia á recibirme en un coche, que dixo era de un tal *Don Simon*. Metíme en él, y despues de los primeros cumplidos de abrazos y besos (uso de este *siglo ilustrado*, aunque tambien lo fue en el de Judas), preguntar por la salud y por las *obligaciones* aunque á esta pregunta siendo como suena, no se suele dar respuesta que sea satisfactoria, me dixo: estarás pasmado de lo que ves, y te pasmarás mas de lo que verás; estamos en el *siglo ilustrado*, yo te iré orientando y disipando las densas nieblas que ofuscan tu *glándula pineal* (**), seré *Descartes* á tus dudas.

11 Me conformo, respondí; y pues quien pregunta no yerra, aunque sea herrador, y pare el martillo para pregun-

(*) Alude á los de Sierramorena.
(**) Sienta *Descartes* el raciocinio en la glandula pineal.

guntar, te haré mas preguntas que un catecismo; pues para entender lo que veo, y pienso ver, necesito una nueva doctrina, porque la que tengo vieja no me puede orientar de la nueva que anda, y que ha petado tanto, ni pasar sin ella por hombre civilizado como el *Marcial*, dexando á un lado el *Caton*.

12 Al llegar á Leganitos, pregunté á mi Juan por la alcanterilla, y me dixo: amigo, ha tenido *buena ventura*: se la llevó una avenida, y quedamos sin su mal olor; y de esto verás lo que puede el que puede, y quiere hacer bien al Público con obras tan útiles y necesarias.

13 Seguimos por las calles de los Reyes (que si no está grandemente empedrada, lo está con piedras muy grandes), y dixo Juan: te llevo á comer á casa de un amigo, que come muy bien, y en esto, en el juego, y en la posada se conoce que es caballero: tiene buena renta, pero todo lo *debe*.

14 Ir yo á comer, le dixe, donde ni me conocen, ni convidan, es reparable. Eso lo era, respondió Juan antaño; pero no ahora que estamos *en el siglo ilustrado*. Hoy los que acompañan á las grandes mesas se componen de tres diferencias; unos convidados por el señor de la casa; otros sin conocerlos éste, por la señora; y otros que sin conocimiento, ni convite del señor, ni de la señora, se convidan por sí con gran marcialidad, y les estiman la confianza, si son hombres que saben jugar, cortejar y hablar de modas; y como hayan estado en alguna taberna de Lóndres, en algun bodegon de París, ó en algun meson de Nápoles, entonces, mas que si hubieran pasado el golfo de leon, tienen facultad y gracia para tener á las mugeres que estan de parto, sostenerlas el pie para que las sangren, ponerlas unturas contra los cólicos, remediarlas en sus vapores, y ayudarlas con otras medicinas.

15 Pues, amigo, le respondí, yo no sé de modas, tabernas, ni bodegones, ni he comido en ninguna: el que tenia lo eché por la ventana en un convite en casa, y así yo no voy á esa. Sí irás, me replicó, luego que se-

pas

pas de quien es. Es de conocido tuyo muy antiguo, y te está á guardando; porque se lo he dicho yo, y lo mismo á su muger, que aunque dicen que es sosa, á mi me parece que tiene bastante sal y adobo desde que salió al gran mundo, y está mejorada, aunque no *en el tercio y quinto* de su esencia, en su trato. Su marido.... No me digas mas, repliqué, ya sé de quien hablas: ha comido conmigo por esos mundos algunas veces, y no debo tener reparo en ir á comer con él. Conozco mucho á Perico, que no es el de los palotes, ni tan chico como Perico urdemalas, ni tan grande como el Czar Pedro; aborrece las cosas del tiempo del Rey Perico, las crueldades del Rey Don Pedro, y las ceremonias de Don Pedro el ceremonioso; pero no es tiempo en que nos metamos en razones de historia, que hoy son lo mismo que tú las tienes Pedro, y pues está nuestro mozo Pedro en casa, vamos á ella.

16 Llegamos; y el portero me habló en cerrado frances. Dixe á Juan que habiamos equivocado la casa, pues allí viviria algun Embaxador ó Ministro extrangero. Me respondió que no, que uno de los buenos *muebles*, que habia traido Perico de mas allá de los Pirineos, era el portero furiosamente frances.

17 Subimos la escalera, entramos en el quarto de Perico, que aunque eran mas de las doce del dia, estaba en ropa de *chambre*. Me dió un abrazo y dos bezos, cada uno en su carrillo, me hizo varias ofertas y preguntas, llamó á un *doméstico*, y le dixo me llavase con mi compañero al *departamento* de su muger, iba á decir de su fama, porque la tienen entre *de mundo* las mugeres que galican los nombres castellanos. Me guió el criado, y al llegar á una pieza, sala ó quarto, me dixo: esta es la *camara* de mi Señora. Yo que oí cámara, y olí que todo aquello apestaba como los gatos de Algalia, y peor que antes las calles de Madrid, le pregunté: está la señora en el retrete? señor, no, me respondió; lo está en la *toaleta*. Ya, dixe yo; estará adornándose, peynandose y tocándose el espejo de su tocador. Señor, sí, me respondió.

18 Entramos sin llamar, ni decir Ave Maria, ni Deo gra-

gracias; porque ya no cae en *gracia* de la moda esta salutacion. Hice mi arenga á la señora; que me dixo me besaba las manos, y que me sentase. Lo estaban ya, y medio recostados dos petimetres tan bien peynados, que sería obra de muchas horas. Las bolsas del pelo eran semejantes á como dicen que son las armas de los vizcainos: traian vueltas de encaxes harto mas finos que los que con este nombre venden los catalanes: cubrian con sortijones la longitud de los dedos de sus manos, y hasta en los de los pies llevaban unos hebillones perdurables, al modo de los que ponen en las sopandas de los coches, las que comenzaban á caminar desde mas abaxo del empeyne con tanta carga de piedras, que les haria su peso sentar bien el pie, y dexarian muy apurada la cantera de que se sacaron: Lo mismo sucederia á la de talco en todos los cintillos de los sombreros y pomos de las espadas. El uno vestia una casaca ó sobretodo, *sortú* ó *cabriolé*, de color obscuro, forro amarillo, y guarnicion de plata. A esta cubierta, funda, ó vestido, llamaban *pequés*; y el otro, otra encarnada y oro, que nombraron *circasiana*, con pasamanos de cadenillas y borlitas, por *quid pro quo* de ojales y botones. Me baxaron la cabeza (sin ademan de levantarse), les respondí con la misma accion, y me senté. Ellos continuaron callados, jugando el uno con una borlita de la *circasiana*, y el otro con dar vueltas á una caxa de tabaco *rapé*, que tenia el retrato de una madama con uno de los peynados de moda. Poco despues habláron algunas palabras de aquellas que no dicen nada en substancia, en un español chapurrado; porque habia estado el uno casi mes y medio, y el otro cerca de dos meses en París y sus cafes, visto tragedias en sus teatros, y oido sus conciertos, no espirituales, y paseádose en sus Tullerias; de manera, que para ser franceses (si hubieran nacido y criádose allá) no les faltaba mas que aprender la lengua, y mudar de apellidos; pues las maneras y todo lo demas lo habian mudado y trocado hasta el Don por el turuleque del *Monsieur*. El peluquero era frances (*de picardia*), y las dos criadas, que servian los alfileres, españolas.

La

19 La señora, que no encontraba de que hablarme, se hubo de acordar de que era forastero, me preguntó, despues de tanto tiempo de visita y de silencio, si estaba bueno; y sin duda me tuvo por huérfano, pues no me preguntó por nadie de mi familia. Díxela que me dolia la cabeza (y era desde que entré en casa). Al instante ó al momento el adoptivo *Monsieur* de las borlitas sacó dos pañuelos blancos, y me dixo: huela vmd. éste que está con agua de la *banda*, ó éste que tiene la de *champarell*. El de la caxa sacó otro de vinagrillo, y *parló*: tome vmd. un poco de esta tabequera, y se le refrescará la testa. Yo les dí las gracias, y les dixe: que esperaba que mi mal se lo llevaria el ayre luego que me diera en la cabeza y que no estaba acostumbrado á olores, aunque tenia grandes narices. A este tiempo entró un criado con un papel de otra señora, en que la decia, que no podia ir á cierta visita, porque estaba con la *dormilona*. Yo dixe aparte á mi Juan; pues que la dexen dormir, y que se vaya. Hombre, me dixo al oido, la *dormilona* es la gran cofia que se ponen las señoras (en que se les divisa la cara entre dos conchas á manera de almejas á medio abrir), quando el peluquero falta á peynarlas, y esa señora falta muchos dias á Misa por las faltas que le hace el peluquero extrangero, no obstante que le da (ó le ofrece) diez reales diarios porque no le haga falta, y le servirian por mucho ménos y sin tantas faltas peluqueros españoles (sería mejor y mas decente que fuesen sus criadas). Pero el que sean españoles es la falta mayor que pueden tener para dicha señora, no pudiendo decir entonces en las visitas que la habia peynado un *Monsieur Leblané*, ó un *Monsieur Lebrum*.

20 Entróse, y como por su casa, con mantilla de muselina (gusta mucho lo privado), y basquiña de terciopelo rizo de moda, una muger á quien trató con grande agasajo, y la llamó *Madama* la señora. Pregunté á Juan, quién es ésta? Y me respondió; una modista, que ayer tomó una letra de mil luises para su tierra. Sacó madama de una gran caxa, que traia un mozo de carga, un empinadísimo sombrero (que subia al modo de los cucuruchos de los na-

zarenos, ó del árbol mayor de un navío empabesado con muchos gallardetes) guarnecido con cintas, cada una de dos colores borlas y gasas á modo de los turbantes; y otro promontorio, que parecia coroza con sus llamas, sin faltarle lo emplumado, con hilos de perlas gordas, que despues de mil vueltas y rodeos remataban en una cosa del mismo color de perla esmaltado, cuya figura semejaba á la de las campanillas de las mulas de colleras. Diéron á este promontorio el nombre de *escofieta*. En el anverso del centro habia un gran circo, y hácia el punto céntrico una naumaquia, en donde se registraba una nave, del tamaño de los modelos que tienen los que aprenden la náutica: en el reverso muchas varas de cinta de agua y vino (era de dos colores) y del ancho de las del órden del baño.

21 Yo me embobaba, viendo éstas á mi parecer bobadas; pero como no entendia de ellas, ni las podia remediar, veia, oia y callaba.

22 Dixo la señora: estas cintas del sombrero no me gustan; respondió el infuso *Monsieur* de las borlitas: madama, perdóneme vmd. Pues en qué la he ofendido? decia yo entre mí; pero ví que prosiguió: permítame tenga el honor de decirla, que estas cintas son de la gran moda, y mas en Madrid, que tienen el nombre de la *union*. *Los ayrones* ó plumas, dixo la señora de esta escofieta, me parecen pequeños. No, madama; respondió el *Monsieurado* señor de las caxas, y el *Pequés*: acabo de recibir una *letra* por la mala de Francia (mala obra nos suelen hacer las letras que de allá nos giran, dixe á mi capote), en que me *parlan*, que la mensura de los ayrones y plumas á la *dernier*: debe ser de un pie (se entiende de los franceses, que estan en tan gran pie, que todo se mide por el suyo; no de los romanos antiguos, ni de los españoles), tres pulgadas y cinco líneas. Y efectivamente los tiene esta pluma de color de lila, que hace juego con la roxa, y de color de canario. Y mejor triunvirato que el romano, dixe al oido de Juan; pues estamos en el *siglo ilustrado*. A propósito, añadió el *Monsieurisimo* señor: tambien me dice esta carta (con la priesa se le olvidó decir *parla*, ó se acordó que habia naci-

cido cerca del lugar de este nombre) que se ha inventado en *Marli* un nuevo género de *caprichos* de bravo gusto, para las cabezas de las señoras mugeres. Bastantes caprichos, dixe á Juan, tienen por si ellas; y lo peor es, que por conseguir los de moda, suelen amansar á los maridos. El deseo de parecer bien, me dixo Juan, que es el mayor enemigo del alma de las mugeres, tiene la culpa; y no habria tantas, sino pareciesen bien á los hombres las modas del luxo, á que dan elogios en lugar de vituperios. Esta es la razon de que hay tan pocas mugeres varoniles, desde que hay tantos hombres afeminados.

23 Entró un criado á saber á que hora queria la señora que estuviese puesto el coche, y ella le preguntó, han traido ya el *francés*? No señora, respondió, porque el maestro no le ha acabado. Fuerte desgracia es, dixo la señora, dando una palmada, que no ha de haber en Madrid mas que un maestro extrangero, al que acudimos todas las gentes de bello gusto, y así no puede, aunque se le pagára lo que quiere, cumplir con todos. Pues el Rey, no pude menos de decirla, no tiene reales y verdaderos maestros de coches? Los del Rey, me respondió, hacen los coches á la española, muy fuertes y duros, con las varas derechas, y al hilo la caxa, va muy alta, y el coche sonando como tambor. Los franceses hacen un ruido agradable; suenan, porque tienen muchos mas yerros, como si llevásan sonajas, y con las varas tumbadas; vé una mejor las gentes por ir mas cerca del suelo; el pesebron es mas hondo, el asiento mas baxo, y se evita ir encogida, dando con la escofieta en el cielo. Pues echarla á tierra, decia yo para mi capote, ó cortarla las tres partes, que con la quarta aun le sobra á esas corozas mucho *gilado*. En el coche que tengo, prosiguió la señora, aun sin llevar almohadon, lo que hace al asiento incomoda, voy encogida, y para salir, necesito hincar la rodilla en el pesebron, baxar la cabeza é irla sacando por la tronera de la puerta, y luego que está fuera extender la otra pierna para coger el estribo; lo que me trae con muchísimo cuidado, por evitar la grandísima desazon que me ocasionaria, si se me

descompusiera la escofieta ó el peynado. Qué pareceria yo entonces, yendo cada cabello por su lado? Es cierto, dixe yo, que vmd. y todas las señoras deben cuidar de no parecer *descabelladas*.

24 Una de las dos asistentas ó criadas (que yo no sé si son damas ó doncellas, ó como deben llamarse) preguntó á su ama, qué bata queria, y respondió: me enfadan las batas, porque ha mucho tiempo que se usan; quizá me ponga *deshabillé*, con un *capricho ó polonesa* con manteleta; pero no: trae con la *parlamentaria* la *bostonesa* de color de pulga á medio morir, con la guarnicion de color de cavellos. Yo que oí aquella algaravía, y la union que queria hacer de lo que suena *parlamento* con lo que suena *bostonesa*, á pesar de *Mr. Washington*, pregunté á mi compañero: á donde estamos? Y me respondió: *en el siglo ilustrado*.

25 Entró un criado con una bandeja, y dixo: señora, aquí vienen los zapatos de tres colores, con cintas en lugar de hebillas: los broches de muñeca ó pulseras puestas en sortijas: y los dos abanicos, el uno de los colores de moda, y el otro con los volatines pintados.

26 Hombre, dixe á Juan, zapatos con cinta en lugar de hebillas, serán antiguos: y broches por sortijas, serán rodelas. Y qué tienen que ver los volatines con los abanicos? Y mucho, me respondió Juan: tu no estás ilustrado del ayre de la gran moda. No has visto los volatines de este año; pero mañana irémos allá, que han de correr toros en el teatro, ponerles vanderillas, y estoquearlos. Toros en quaresma? repliqué. Sí, toros, respondió Juan; pero estos los han de figurar hombres con unas banastas sobre las cabezas, y parte de las espaldas, que será un hechizo verlos tan propios. Las luces de los italianos nos dan en el otro corral unas sombras, que es un *asombro*; y yo doy de muy buena gana, y ellos los reciben de mejor, el *quatrini* por *pantominas*. Pues yo no, le respondí; porque me enfada todo lo que se llama engaña muchachos y saca dinero; y que siendo tan feliz la suerte de los que por dar *saltos* se han puesto sobre la *maroma*, no cuidan mas

del

del equilibrio, y aunque cuidan bien de no caerse; pero como tienen que dar el salto, que llaman *mortal*, tropiezan, y caen en la tentacion.

27 Las cintas en lugar de hebillas, dixe, me parece buena moda, que yo tambien soy amigo de modas, quando tienen una de dos razones, ó ambas: esto es, que sean económicas, ó acomodadas. Esto tiene lo primero; pues se ahorran sin hebillas piedras de Francia, inga de Inglaterra, topacios de Portugal, &c. y se gasta en las cintas un género que tenemos, como es la seda; aunque para mí no me acomoda en lo que es vestir mas de dos géneros, el lino para el verano, y la lana para el invierno. Los sortijones grandes pueden servir para varios usos, como tapar de pronto una gatera, la cara del fuego de la chiménea, y la cabeza del calor del sol; pero callemos, porque reparan que hablamos mucho en secreto, y es mala crianza. En las visitas, me respondió Juan, no se repara nada, y en esto de crianza cada uno hace *sanfasón* lo que le acomoda. El demostrar respeto y compostura en presencia de las señoras, fue en tiempo que ya pasó, y hoy se tendria por falta de mundo; porque ellos las desprecian, y ellas los cortejan.

28 Señora, dixo una criada, qué *mono rasca*, ó qué *rascamoño* quiere vmd.? uno de sombrero, dixo el de las borlitas, pues lleva *escofieta*. Si llevára sombrero *constantinopolitano*, aturbantado de gasas, corresponderia uno de media luna. Pues ya (dixo la señora) traeme la *disciplina*. Qué (con admiracion pregunté á Juan) se azota esta señora? No por cierto, me respondió; por esa parte la considero vírgen: se llaman *disciplina*, por semejanza á los ramales de éstas, unos hilos retorcidos de corales, que se ponen al cuello las señoras modistas, siendo en lo único que se parecen á las castellanas viejas; y como es moda, la que no tiene de estos collares, ó los ha perdido, está desazonada, y sin sus *corales*.

29 Dixo el peluquero (que no habia hablado palabra, ni dexado de peynar desde las diez, en que segun oí habia empezado á poner el *tiñon*, cerdas y pelos postizos, &c.

has-

hasta la una y media en que acabó) *Madam* (comiéndose la última letra) de qué polvos queria, blancos, negros ó amarillos; amarillos, dixo el del *Pequés*, que hacen juego con la guarnicion de color de cabellos de la Reyna. Pues ya: volvió á decir la señora: cuya cabeza dexó el peluquero bien azafranada, y mitrada con la escofieta. Recogió acelerado sus tres bolsas de polvos; conviene á saber, amarillos, negros y blancos, y echó á correr. Todos estos ván á este paso, dixo Juan, de casa en casa, y en la calle es necesario huirlos como á caballos desenfrenados.

30 Traeme, dixo la señora á la criada, las saleras de la pintura. Me alegro, dixe á Juan, que esta señora pinte. Es una diversion que hechiza quando el dibuxo no es como el de los muchachos aprendices de Valladolid y Valencia, que abastecen de pinturas á los mesones, ventas, &c. sonrióse Juan, y me respondió: esta señora no dibuxa, ni pinta caras, solo se encostra, y pinta la suya! Mál ajo para ella: dixe enfadado, pues no está prohibido el ponerse máscara? Sí, respondió; pero esta moda de calafeteo queda en rostro, la han traido de luengas tierras.

31 A este tiempo me llamáron del quarto de Perico. Fuí de buena gana, porque me hallaba mas cansado que del viage, de ver oir y oler lo que me repugnaba, y no gustaba de tocar, y estaba *sentido* con todos los mios, y mis tres potencias. Díxome Perico: te llamo porque hace frio: á esta chimenea inglesa hay *comodidad* para hacer tiempo hasta la hora de comer, ó si quieres echar una *partida* ó registrar mi estante de libros, á que sé eres aficionado. Es cierto, dixe, que esa es mi comidilla; pero si ahora entro al registro, no comeré, y lo necesito mas, por ver si con esto se desahoga mi cabeza que la tengo bien cargada, y si leyera ahora, la cargaria mas. Dime por mayor de qué obras se compone tu librería. No merece ese nombre, me respondió. Se reduce á algunos diccionarios y traducciones modernas del frances y del italiano. Hombre, respondí, un punto has tocado, que si dixera lo que siento, estaria hablando muchas horas sin hacer punto. Traducciones modernas del frances y del italiano? Pues qué, di-

xo

xo Perico, no han enriquecido nuestra lengua con nuevos términos? Y tantos, respondí, que es una *barbaridad* los que han introducido estas vastas obras; y basta, porque quiero poner punto en boca ántes de desbocarme. Dime, qué obras tienes españolas? Pocas, dixo, pero buenas, y divertidas: la floresta, el florilegio, que ya es libro raro. Y siempre lo ha sido, dixe yo, Dichos y hechos de Felipe II., continuó Perico: el deleyte de la discrecion, cuyo autor ó recogedor dicen que es excelentísimo, y las descripciones tienen poco de *frias*; y el papel nuevo *sobre ser mas perjuicial el tener en las casas gatos que ratones.*

32 Iba á soltar la maldita, quando entró un criado, y le dixo: vmd. está servido. No entendí á lo que aludia esto; pero me sacó de la confusion Perico, expresando: pues el *Metredotell* avisa que está la sopa en la mesa, *alon.* Vamos, dixe yo de buena gana; porque tenia mucha de comer, y poca de hablar.

33 Nos sentamos Pedro, Juan y Diego, Fulano y Zutano. Madama con sus alfileres y con sus adornos se sentó en medio de los aprendices de monsieures. Estos levantaron las tapas á unos grandes tazones de plata mas largos que anchos sobre quatro pies (cuya hechura semejaba á la de las urnas sepulcrales), que llamáron *Tarrines.* Me dixo uno si gustaba de *macarrones.* Nada *macarrónico* me gusta, le respondí; lo que yo quiero es sopa. Al *uñon* ó á la *ren*, dixo el otro. Yo (repliqué) quiero cebolla claro, y quiero pan empapado en caldo en substancia de la olla; cuya substancia no sé en substancia como la llaman en estos bullones.

34 La mesa estaba llena de platos (que llamaban *trincheros*) puestos simétricamente, al modo de líneas de tropa, que guardan las distancias de frente á fondo, y servian de pared, ó vallado á una figura de jardin, que ocupaba el centro, con paseos, estatuas, fuentes, flores, &c. Llamáronlo *sortú*, y no podia ménos de dexar de ser *ramillete* agradable á la vista; pero al paladar no le servia; porque no habia en él que comer, ni que beber: todo esto estaba en *flor*, y nada en *fruto.*

Re-

35 Reparé que aquella mesa, aunque tan adornada y vestida, estaba *desollada*. Por mas que la busqué, no pude encontrar la olla, siendo mi quotidiano alimento, y á la que, despues de Dios, prefiero la casa de *Quiros*. Fue de mucha mortificacion para mí la abstinencia de olla en un dia, que por ser Domingo no era dia de ayuno, y así no fue para mí dia de *fiesta*. Quiere vmd., me dixo un comensal, *Bufaladob*? qué es? pregunté á Juan: estofado, ó vaca adobada, me respondió. Dixe que sí, y tambien comí de un plato de ternera mechada ó claveteada con tocino, al que llamáron *fricandó*, y de una pepitoria, que nombráron *fricasé*.

36 Gusta vmd. (me dixo el otro Monsieur) de huevo á la *ubonata*? Nada á la *ubonata* me gusta, le respondí; y esos nombres me desbautizan. Quiere vmd. *maleta*? Deme vmd. de esa tortilla, que es lo mismo, dixo Juan; pero para mí no es lo propio, le respondí. Tambien otro me ofreció *pulpiton*: y dixe, que no era predicador, ni rompia cátedras; y así no necesitaba *púlpito* grande ni chico. Se rió de esto, porque le parecia rústica ignorancia, y me hizo la caridad de enseñarme, que el *pulpiton* (término que entre otros ha enriquecido nuestra pobre lengua la *chacharona* italiana) era carne picada, picadillo ó gigote, del que se hacen almondonguillas; pero con la singularidad de no pluralizarlas, reduciéndolas á una grande, como si dixeramos almondigon. Con esto me enteré de que los acabados en *ton* todos los modistas los aprecian mas, y el *tonton* que usan á *tuntum* les agrada mas al oido que el *gongon* (como *rodrigon*) y el *run run*.

37 Aquí hay *madera*, dixo Perico. Pues qué, dixe á Juan, es esta comida de carpinteros? No es eso, me respondió, es convidar con vino de *Canarias*. Valgate Dios, que aun siendo cosa de España, fue á buscarla Perico fuera de la península! Quiere vmd., me dixo el *Metrodetell*, vino *del Rhin*, de *Burdeos*, de *Fontiñan* ó de *Champaña*? hay de Valdepeñas? le pregunté. Señor sí, me respondió. pues ese quiero: los demas ni de *valde*, excepto un poco del de Málaga al acabar de comer. Por fin y

por

por postre me dixo Juan si queria *compota*. Qué es compota? le pregunté. Dulce á medio hacer, que no está en su punto el almivar, me respondió. No, le dixe, yo quiero las cosas en su punto, y que no estén fuera de su lugar. Pues vuélvete al tuyo, replicó. Tienes razon, le confesé. Quiere vmd., dixo un Monsieur, *diabolines italianos*? ni italianos, ni diabolines, que para mí todo es uno. Ese alimento es demonio, que tienta al mundo y á la carne.

38 La señora con el monsieur del *pequés* á su lado, estuvo hablando (no entendí de qué) todo el tiempo de la mesa. Llegó el de que sin hablar nadie, ni dar gracias á Dios de que nos habia dado de comer sin merecerlo, ni ganarlo con el sudor del rostro, pues aunque el Rey y el Principe las dan, en esto y otras virtudes no es moda el *Exemplum Regis*. Repito sin ser predicador, decia, que llegó el tiempo de que sin hablar nadie todos los sentados se lavantáron, é hicieron una evolucion de táctica, semejante á la que se hacia en el exercicio del año de veinte y ocho. Echáron á un tiempo la mano derecha á la servilleta, la levantaron, y se levantaron. Al mismo tiempo retiráron con la izquierda la silla, y dieron media vuelta. En esto no huho igualdad, porque unos la dieron como los milicianos sobre la derecha, y otros sobre la izquierda. Estaban detras varios criados con vasos de agua caliente, y se laváron muchos las manos. Necesitaban aquel aseo todos los que con los manjares se habian manchado los dedos. Yo hice tambien el mismo manejo servilletino por aquel consejo, de que *donde fueres haz como vieres*; pero se entiende, que si fuere razon ó indiferente.

39 Fuimos á otra sala, donde sobre mesitas de juegos habia vandejas con platillos y tazas de porcelana llenas de café, y en medio un tazon con almendrucos de figura irregular de azucar de Holanda.

40 Tomamos café como unos turcos, se llegó un criado con una salvilla de copitas, y un frasquito, y me dixo si queria *perfecto amor*. El perfecto amor (le dixe) no he tenido la fortuna de conocer; es muy bueno: el imperfecto, que he tenido la desgracia de tratar, es muy malo: y así no le quiero ya. El criado, que no estaba hecho á oir

 es-

este lenguage, se fue sin entenderlo.

41 *Alon á las partidas*, dixo Perico á todos; y á mí, tú harás una de *roçambor*. Yo no sé lo que es *partida de rocambor*, le respondí. Es, me dixo, jugar con platillo al tresillo, al hombre ó al renegado. Reniego de tu lenguage, le dixe entonces; pues si tenemos tres equivalentes para nombrar este juego, qué necesidad hay de mendigar este nombre extraño? Vaya, dixo Perico, que eres español de quatro suelas: lo soy, le respondí, de quatro costados, como tú.

42 Nos pusimos á jugar, y á poco rato se llegó á mí uno de los comensales, y me preguntó: *Guadaña* vmd.? no señor, le respondí, no soy guadañero, y aunque en mi tierra se guadañan algunos prados, van de otra parte á hacer este trabajo. No pregunto eso, dixo, sino si vmd. aumenta con el juego el fondo de su caudal, si no pierde ó si gana. Pues si sabe vmd, (le dixe) esos modos de explicarse, á qué viene esa gana de parecer italiano, que para mi es una muerte con su *guadaña*.

43 Al mismo tiempo que entró su criado á decir á la señora, que estaba puesto el coche, me dixo el que daba las cartas, *cupé*. Coche le repliqué. No digo eso, respondió, sino que vmd. corte, alce ó divida en dos mitades la varaja. Fuerte cosa es, dixe, que teniendo tantas maneras de explicarnos, hayamos de tomar otra para no entendernos.

44 Se acabó con aquella mano el juego, y sin despedirme (segun uso) me fuí con Juan á la posada donde estaba mi familia; que ni aquella, ni ésta (que dexé en la puerta de San Visente) habia visto en tantas horas como estaba en Madrid. Te he tomado casa, dixo en el camino Juan, junto á Santa Barbara porque sé no te gustan los barrios del bullicio. Es cierto, le respondí, que no gusto de meterme en estos *bullones* y caldos, (ya te acordarás de lo que dixe en la mesa) que soy devoto de Santa Barbara por lo que puede *trônar*; y que pienso vivir retirado, quando pienso en querer *vivir*. He vivido en Madrid en muchas calles, en la de *Preciados*, *Majaderitos*, en la de la *Cruz* y *Humilladero*, y en la del *Desengaño*, adonde tambien ahora pienso mudarme.

Al

45 Al llegar al barrio, pregunté á Juan, qué palacio es aquél? No es palacio, me respondió, es el saladero de los cochinos. Válgame Dios, dixe, lo que vale, *lo que vale*, y lo que vale haber llegado al tiempo del *siglo ilustrado*!

46 Al entrar en casa, dixe: esta casa está mal junto á las de Embaxadores, por el riesgo del fuego de sus cocinas. Hay poco riesgo, dixo Juan, porque lo mas del año estan en los sitios Reales con toda su familia, como es de su obligacion. Pues siendo así, le respondí, estoy contento.

47 Me dixo mi ayuda de cámara, (que tambien soy hombre que le gasto por no aguardar al peluquero y barbero) aquí ha estado en coche una señora grande *de edad* á dar á vmd. la bien venida. Hombre, le respondí, y ántes que yo llegase? no puedo caer en quien sea por esas señas. Dióme las de la librea, y caí en quien era. Esta señora tiene para divertirse gran tertulia: mañana á las once (dixe á Juan) la irémos á ver.

48 Fuimos, y estaba con muchas gentes de forma, y toda forma de gentes á su lado, sentada en cuerpo, (y al frente algunos del Diplomático) una muger con muchos guapos. Yo no la conocia ni sabia que tratamiento darla. Pregunté, que quien era? y me respondiéron que madama Likertuf, modista única en su habilidad. Dixe entre mí: vaya, esto será estilo del *siglo ilustrado*. Hice mi cumplimiento, y me salí con mi compañero.

49 En el portal me pidió limosna un hombre andrajoso y descalzo. Preguntéle que oficio tenia? Y me respondió que el de zapatero: pues cómo, repliqué, no trabaja vmd. en su oficio para mantenerse? Ay señor, me dixo, estoy perdido porque aquella señora que va en aquel coche guapo (pasaba al mismo tiempo) me debe seis mil reales de zapatos: no he encontrado modo para que me los pague, y porque yo debia mil reales á mis acreedores, me echáron la justicia, me lleváron á la cárcel, vendiéron todos mis trastos para pagarlos, y pagarse de las costas, y me quedé en la calle, en la que me hallo con mi muger y dos hijos pequeños. Esta misma desgracia pasa por otros menestrales de otros oficios. Me dió lástima, le socorrí con lo que pude, y dixe: valgame Dios, que esto se consienta en un *siglo ilustrado*!

50 Aquella tarde fuí con mi compañero á los bolatines. No se cabia de gentes en el corral: (por mí mas que se llamase coliseo) y calles adyacentes (me gusta este terminillo) con la novedad de los toros. Llegamos quando acababa de suponer el primero que habia muerto. Diéron fe de ello muchos espectadores, y otros alegaron, que segun la ley de toro habia sucedido en todos sus derechos y acciones el toro que iba á salir, y que se le debia dar la posesion real corporal *vel quasi*. Con efecto se descubrió otro toro atado á una maroma. No podia jugar puntas, porque estaba embolado; le corrieron, le matáron, y saliéron con esto de la oferta de los carteles, y Juan y yo del corral, habiendo visto una cosa, que solo se ha visto en el *siglo ilustrado*.

51 La mañana siguiente fuimos á ver á una señora moza, que estaba muy mala. Hicianla compañia un ingles y un ruso, que la cogieron por la mano para incorporarla en la cama. Habia reliquias de Santos sobre una mesa, y yo las tapé con una toalla. Qué haces? me dixo Juan; quitar la ocasion, le respondí, de que este herege y este cismático hagan burla. Dixo la señora que habia ofrecido vestir un hávito: y los acompañantes replicáron. El hábito de la diversion es necesario á los enfermos. Pondrémos una banquita ó un burlote, jugará vmd. desde la cama, y esfuércese á levantar para ir á la primera fiesta de toros. Quedó la señora en poner ambas cosas en execucion, convencida de que para su mal el juego y toros era lo mismo que el de la música y bayle para el de la tarántula, y yo me vine admirado de lo que pasa en el *siglo ilustrado*.

52 Fuí con Juan aquella tarde al paseo del prado. Habia muchos coches y gentes de á pie. Pregunté, quién es esa tan petimetra que va en ese coche, con un galan á la derecha, haciendo tantos besamanos con cara de risa? Tendrán mucha renta sus padres ó marido para poder mantener tanto boato y tren. Es, me respondió, una dama muy *cortesana* y atenta con todo el mundo, como ves por los besamanos y cortesías que hace. Es muger conocida, amiga de ponerse guapa, y servir y dar gusto á todos. Esto es lo que es; pero no sé lo que será, ni si posee mayorazgos, solo

sé

sé que no tiene padre ni madre, *sí perrito que la ladre*, tertulia de muchos concurrentes en casa, y que es muger de empeño. Aquella que va hácia el *Retiro*, se ha *retirado* del *mundo*; pero no se ha *recogido*: se divierte, y está bien mantenida. Es por naturaleza Navarra, por arte Gascona. Aquella que ocupa mas coche la escofieta que la persona, es muger de un escritorio ó contador de una casa, que tiene pocos cuentos que contar, aunque de esta casa se cuentan muchos. Yo no sé si los contadores deben llamarse escritorios; solo sé que muchas *navetas* ó gavetas de estos se desocupan para lo que llaman gasto de escritorio, con ruina de los estados de los Grandes, y de los grandes Estados, despoblandose tanto los campos y oficios mecánicos, por tanto como se pueblan las oficinas para el oficio de escribir, que suelen olvidar por la falta de uso.

53 De quien es aquel coche de mulas tan arrogantes? De la hija de un platero, respondió Juan: el que se sigue de la muger de un relator: el que va detras de éste, de la de un abogado: el otro de la de un escribano, y el otro de un agente. Aquella berlina que se hizo para un Duque, es de un dentista: y no me preguntes mas de coches, porque sería un nunca acabar. Jesus (dixe echando mano á la nariz), esta viuda (segun el luto), que ha pasado junto á mi, apesta á azufre. Ya no guardan las mas el año en casa. Ni aun el mes, dixo Juan: es viuda reciente de un asentista de hospital de tropa, y aun no ha evaporado el olor que dexó su marido en el quarto, quando se fue al otro mundo. Quién será aquel majo, que con tanto ayre de taco viene por la carrera de San Gerónimo? Quien, dixo Juan, no sigue el camino del Santo, aunque tiene dolor de sus pecados. Es un tronera *carambolista*. Quiso hacer una carambola por señalada tablilla; la erró de taco, pegó en un azar, y perdió el juego. La causa de que ántes se le caia la baba, lo fue despues de que *babease*, y le chasqueasen dándole una manta.

54 Quién es aquel de capa encarnada con semblante tan adusto carrasqueño? Quien, aunque es blanco, dixo Juan, nunca se pone colorado. Su padre tenia gracia para criar melones; pero este mal hijo salió perjudicial calaba-

za, que da calentura al vecino de por cima, y al de por baxo. El que está con él tambien es lobo de una camada; Dios los cria, y ellos se juntan. Y aquel que se pasea solo con sus dos tordas ó charreteras de plata, sin hacer caso de nadie? Aquel, respondió, muda cada dia de uniforme; en esta semana le he visto tres, y no sé si es oficial de verdad ó de vestido; solo sé que es siempre de los introducidos, y nunca de los llamados.

55 Quién es este buen mozo con vestido de paisano á lo militar, con espada y baston? Ese es abogado de mucho mérito, y es un gran caballero, muy cabal en todas sus cosas. Sabe quantas son cinco: hace versos dulces, castizos, y llenos de todo el ardor poético. Muchos le emulan porque sabe; pero él ignora el arte de vengarse de sus enemigos: ó los desprecia, ó los perdona. Siendo su cuna capaz de producirle elevados asientos, mas que ella se los facilitará su sabiduriía. Y es cosa rara, que siendo tan literato, sea al mismo tiempo tan afable con todos: porque en el *siglo ilustrado* la gran ciencia consiste principalmente en despreciar á todos, y no mostrar afabilidad á ninguno.

56 Dió la oracion, rezamos, y dixo Juan: vamos á una de tantas botillerias (que son tan inumerables como las tiendas de mercaderes), y despues iremos á la academia. Pues qué, le repliqué, puedo yo ir á la academia de que no soy académico? A ésta sí (me respondió), porque es de música. Y qué pito, dixe, toco yo en Madrid para eso? El que tocan otros, respondió. Harás como ellos acompañamiento solo, y no á solo.

57 Fuimos, habia señoras que era un horror, una vandada de musicos y aficionados compuesta de todo género de pajaros, y una plaga de acompañantes. No se cabia de pies, y si la sala no fuera tan alta de techo, tampoco de beza con las escofietas. Cantó una señora una aria en falsete con mucha afectacion italiana. Llevaba por fuera del escote una guarnicion de castañuelas y borlas, semejantes á las de los estandartes de procesiones. Acabada la *fermata*, oí ruido, y la voz de *bravo bravo*.. Discurrimos habia seguido el toro de los bolatines que lo dexé vivo; pero luego entendí que aquella voz se habia introducido para vitorear ó aplaudir á la señora cantatriz.

Le-

58 Levantóse otra señora moza con mucha priesa y desparpajo, y sin hacer caso de nadie echó á correr. Qué le habrá dado á esta señora, pregunté á Juan, que la pobre debe tener zaratan segun lo levantado del pecho? No hay nada de eso, me respondió: esas cotillas de ángulo saliente se usan para demostrar lo que no hay. Por mas que opriman la cintura, no puede subir materia suficiente á ocupar el gran hueco, que demuestra el exterior. Es amiga de cantar y de baylar, y va á hacer lo primero. Así fue. Cantó una *cavatina*, y acabada hubo palmoteo, y volvió á su silla.

59 Levantóse otra señora, que tenia la fortuna de ser bien parecida; y por ser bien parecida, habia tenido la fortuna de casarse con quien tenia facultades para mantenerla un coche, y todo lo correspondiente á él. Llevaba dos cosas negras, que se movian por baxo del pico de la cotilla. Qué es aquello? pregunté á Juan. Es pelo con liendres, me respondió. Dixe admirado, qué dices? pelo con liendres? Hombre, no te alborotes: dixo riendose, es querer parecer á los hombres en llevar pendientes de las bolsas las cadenas de los reloxes. El que sean de pelo y con liendres es la gran moda; y se han desterrado las cadenas de gancho, en que el relox demostraba á vista de todos si le daban cuerda, (que este nombre, y el de traer las cosas arregladas, suele en algunas señoras tener poco uso) la hora que era. Cantó con mucha gracia su recitado y aria, y acabado, hubo la de *perfectamente*, de *viva*, y los *bravos*.

60 Unos extrangeros estuviéron jugando el tiempo de la academia; y unos petimetres de cuchicheo con unas señoritas, que no cantáron ni jugáron, aunque parecian bastante juguetonas; pero no perdiéron el asiento, y lo mismo hiciéron los petimetres que tenian al lado.

61 Yo que no cantaba, ni tocaba, ni jugaba, ni hablaba sino es con Juan, dexé la academia en esta disposicion, y sin hablar á nadie tomé la puerta.

62 Vino la semana santa, y con ella se acabáron las diversiones como tiempo santo. Solamente hubo muchos juegos, muchos saraos y banquetes. Se hablaba del mal arreglo de las compañías de cómicos, de si no repre-

sen-

sentaria cierta primera dama, y de los petos guarnecidos, que otras primeras damas (que no son cómicas, aunque representan mucho) habian mandado hacer para salir con ellos á visitar los altares. Yo, que nada de esto me gustaba, decia entre mí: quánto se ha adelantado en el *siglo ilustrado*!

63. Llegó el tiempo de pascua y comedias; fuí á la luneta, me senté á la izquierda de un abate, y á la mia Juan. Principióse la comedia, y se concluyó la primera jornada. El abate me dixo que habia viajado (si no lo hubiera dicho, por lo que era su conversacion, no lo hubiera creido), y estado en Roma. Comenzó á inquietarse de las impropiedades de la comedia española; y dixo, que estaba con la falta de unidades muy atrasado nuestro teatro. Pues adelántelo la claridad del ingenio de vmd., le respondí: y no quise contestar en mas, porque era un punto en que tenia yo mucho que predicar, y seria en desierto.

64. Al mismo tiempo que el saynete, veia en varias partes del coliseo los originales, de cuyos hechos babia copiado el autor lo que remediaban los cómicos; quiero decir los autores. Si el autor ha de ridiculizar el vicio, asunto tiene todos los dias para saynete nuevo. Siguió una tonadilla de maja; me disgustó la poca crianza de la letra, y me fuí antes de oir los *bravos* y las seguidillas, que discurrí serian de la misma estofa. Juan se quedó, y quedó en enviarme á casa quien me ajustára las medidas de vestido y zapatos.

65 Un domingo al estarme vistiendo entró un criado (tengo mas de uno), y me dixo: ahí está un caballero que pregunta por vmd. Dile que entre, le respondí; y entró un hombre mozo, picoso de viruelas, bien peynado y empolvado. Traia vestido nuevo de color de pulga (muerta del todo) con un ligero *frac* (que así le llaman los del siglo ilustrado) bordado de oro. Caballero, le dixe, siéntese vmd., y diga lo que se le ofrece. Soy el zapatero extrangero, me respondió, que me envia el señor Don Juan á tomar á vmd. medida. Yo que me acordé del zapatero español, á quien habia dado limosna, quedé pasmado de ver estos extremos del *siglo ilustrado.*

66 Tomó sus medidas, y se fué. Me acabé de vestir, y al salir ví que en la antesala se estaba paseando uno con un vestido muy galoneado de oro. Le dixe: caballero... Soy sastre, dixo; pues no puede ser, dixe yo, y lo despaché como al zapatero.

67 Al salir llegó Juan, hablamos del luxo del zapatero y sastre, y quedamos en que es gran caballero *Don Dinero*, á quien permite el *siglo ilustrado* confundir las clases y estados, y nos fuímos á una Iglesia á Misa.

68 Entramos: habia muchas gentes; pero la atencion y vista de todos estaba fixada en la luz de la cerilla, con que el sacristan iba encendiendo muchas velas del altar mayor, hasta que acabó de encenderlas todas.

69 Poco despues oí por todas partes *chi*, *chi*. Pregunté á Juan, qué es esto, y me dixo: mira, todos los sacristanes quando piden se llaman *chi*. y todos los pages quando dan refresco, *oye vmd.* A aquellos se lo dicen los que quieren dar limosna para la cera; y á estos los que quieren recibir vizcochos para el chocolate. Ni verás ninguno tan mesurado y serio como un page quando trae al estrado una xícara de chocolate.

70 Acabada la Misa, nos dividimos cada uno á sus asuntos, y quedamos en ír al dia siguiente lunes á ver la primera fiesta de toros. Entramos en la plaza, y nos sentamos en la barandilla. Todo estaba lleno de gentes de condicion, y de todos géneros, y yo de consideraciones con el mio. Válgame Dios, decia entre mí, quántos perjuicios traén estas fiestas! Quántos bueyes se pierden para el asunto mas importante á todos los estados, qual es la agricultura! Quántos hombres y caballos se matan! quantos jornales se pierden, quántos hijos de familia hacen novillos, y quántas mugeres abandonan su familia por verlos.

71 El ser fiesta característica de la nacion y espíritu; hacerse para fines piadosos; divertir la perjudicial osiosidad de un pueblo grande, y otras muchas razones habrá, quando se permiten. A mi no me toca indagar, ni remediar, sino divertirme, como lo hago quando puedo; y si se quema la casa, calentémonos todos.

72 Quién es, pregunté á Juan, aquella buena moza,

bien parecida, y de buena traza, que está sentada en lo último del tabloncillo con aquel *Baxá de tres colas ó* Coronel, segun la vuelta de la casaca? Es una señora muy amiga de Marte, y de sus hijos. Quién, proseguí, aquella muger sentada en el mismo tabloncillo, que parece *coca*, y *descocada*; tiene parches en los sienes, y traza de dar parchazo, y al lado tiene otro Coronel blanco, gordo y colorado, con sus tres galones? Esa es hermana de una cómica. Caramba para ella! dixe yo entónces.

73 Quién es aquel mono del anteojo? Hombre, dixo Juan, que me matas; pues va á salir el primer toro de mala muerte: no me preguntes mas. Así lo ofrecí, y cumplí; que no todos cumplen lo que ofrecen.

74 Salió el toro, hizo lo acostumbrado, tocáron á matarle; tomó Romero la espada, y acercandose á Costillares, se quitó el sombrero, se la entregó, y Costillares correspondiendo á la cortesía, que llevó las atenciones, la recibió; sonó un ruido en la plaza, semejante al que se hace al acabar las tinieblas, pero mucho mayor y mas duradero.

75 El abate de la comedia, que tambien estaba junto á mí en los toros, celebró mucho la unidad del lugar, tiempo y accion con que hiciéron las cortesías.

76 Como no se ha decidido el gran problema (indicado en la Gazeta de Holanda) de quál de las dos espadas (de las que matan á los cornudos de los toros) pincha y corta mejor; y como todo ha de ser (dice el Séneca antiguo) á tiempo, ménos la prevencion, uno de los Sénecas modernos dispuso, y asentó, que antes del tiempo de salir á la plaza, habian sorteado con formalidad y pureza, á quál de los dos espadachines tocaba matar el primer toro: que tocó á Romero, y que hizo donacion *inter vivos* á Costillares públicamente, como ya he dicho, para que por este medio lo supiesen quantos estaban en la plaza, y por ellos viniese á noticia de todos los ausentes.

77 Para matar el segundo toro, que tocó por suerte á Costillares, pagó éste á Romero en la misma flor, (parece comedia, pero fué entremes, y en el de Abril, que es de las flores) donacion, cortesía &c. y repitió el terremoto con tal ruido y trepidacion, que yo creí se venia abaxo el edificio de la pla-

plaza; pero fué terror de aquel trompetero, no el que toca á salga el toro, sino el que los mitológicos llaman *pan*.

78 Estaban viendo los toros desde el balcon (que es como se ven bien los toros) las mugeres de Romero y Costillares, aquella á la derecha; pero no guardó la ceremonia que yo aguardaba de ceder la derecha á la de Costillares al mismo tiempo que el marido la espada, y al segundo toro volver á mudar de puestos.

79 En fin, salió el embolado, y Juan y yo escurrimos la bola; volvimos á la tarde, en que se repitió la misma comedia. Personas que hablan: *música* y *acompañamiento*, con los propios saynete de cestones, y las propias tonadillas de *palmadas*, *chillidos*, *silvos*, &c. Salió el segundo embolado, y nos salimos.

80 Estaba la calle de Alcalá llena de gentes, estantes y volantes, porque como la principal diversion de todas partes es el verse unos á otros, iban á ver venir las gentes que andaban, otras que estaban paradas. Aquellas veían á éstas, y todas se divertian.

81 Ví en la puerta de una casa una grande celosía amarilla, y mas adelante en otra, otra verde; y pregunté á Juan: que significa esto? Esto es, me respondió, una de las producciones del *siglo ilustrado*, en que tanto se distingue de colores, como que distinguen quál es el de pulga muerta ó á medio morir los microscópicos ojos de algunos que se tienen por linces.

82 Como hay muchos topos que no saben leer, y otros que tienen las letras gordas, aunque con letras gordas está puesto sobre la celosía amarilla *cirujano*, y *sangrador* sobre la verde, ha sutilizado el discurso de los que discurren con tanta sutileza, que se distingan con estos colores, y no se equivoquen las gentes, creyendo que son barberos, si da la casualidad que detrás de la celosía oyen tocar la guitarra.

83 Con esto, amigo, se me acabó en Madrid la paciencia y el dinero; y viendo que malgastaba el tiempo, estuve poco, dexé aquel alegre cielo, y me volví á mi triste tierra.

84 Será tonto el que se dé por entendido, creyendo habla con él esta carta, ó segun el número de sus capítulos, centon epistolario, como el de otro Bachiller: mi animo fué divertir me conmigo mismo (lo que me sucede muchas veces) respon-

poniendo á un amigo de confianza, á quien pido queme mi escrito, para no ofender á nadie. Tengo, como todos, mi poco de músico, poeta y loco. Soy algo pendolista, escribo velóz, y es mas velóz la imaginacion, por lo que sin querer me suele hacer resbalar la pluma; pero es buena doctrina la de que todos suframos con paciencia las flaquezas de nuestros próximos, y yo he sufrido no pocas.

85 En derechura no hablo sino es con alguna señora que se llama *moda*, y contra un señor que se llama *luxo*: porque á estos dos personages los considero como causa de la ruina de los mas poderosos imperios, aunque sean romanos.

86 Si parece que por mi estilo me rio de lo que se estila, interiormente lo lloro: estoy sujeto á las mismas pasiones que Demócrito y Heráclito, sin ser tan filósofo, y siento mucho tengan mi nacion y mis parientes deudas.

87 Amigo caro, principié á responderte á la carta (confidencial y privada) con ánimo de que no pasára la mia, (por la veneracion que tengo al señor Licurgo) de dos pliegos, y por poco no pasa á ser libro (y así acabo de hacerle merced de título de anales de cinco dias) de tomo y lomo; pero es de los que pueden salir á luz: esto sucede con las mas de mis obras, que están ocultas como un ingenio.

88 El penetrante tuyo quedará orientado, sino segun deseabas, será segun me ha ocurrido del *siglo ilustrado* en occidente de la vida de algunos del norte, de lo que pasa en las mesas del gran mundo á mediodia, en las tablas ó teatros y paseos por la tarde, en los peynados y visitas por la mañana, en los juegos y academias de música por la noche, y en las corridas y paradas de los toros dentro de la plaza de Alcalá. Acabo, como vulgar, y bascongadamente se despiden en Madrid, diciendo = Agur.

FIN.

(100

pondiendo á un amigo de c
escrito, para no ofender á n
co de músico, poeta y loco
lóz, y es mas velóz la imag
suele hacer resbalar la p
que todos suframos co
xîmos, y yo he s


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C022769393